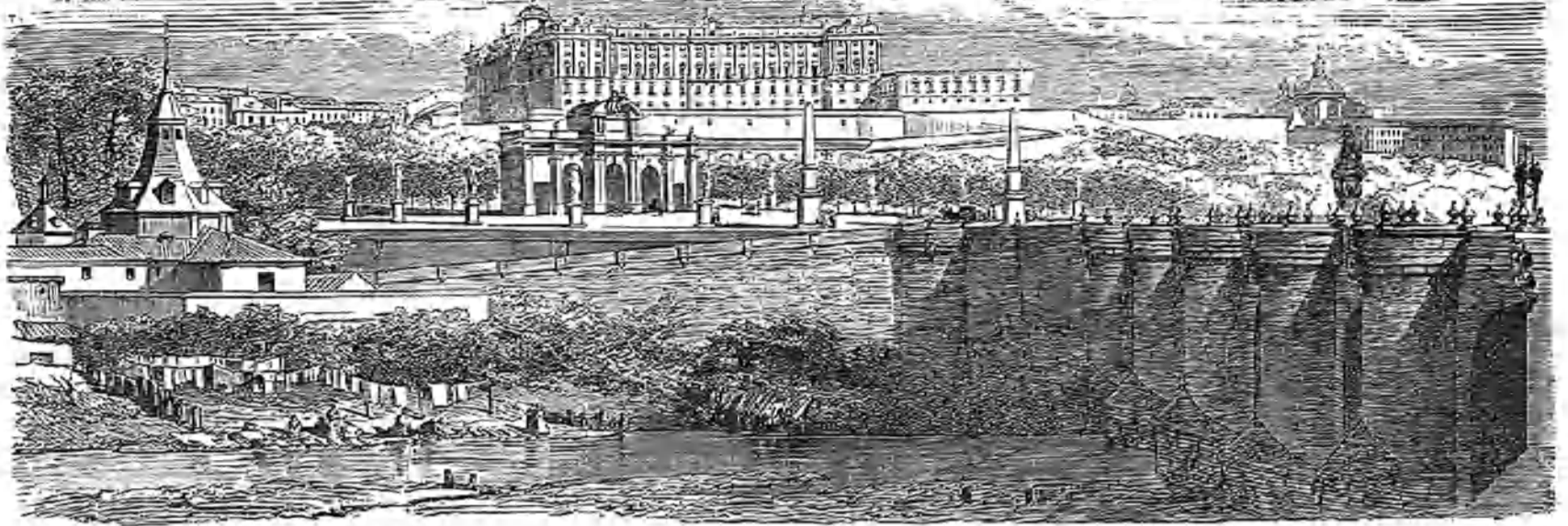


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE MAYO DE 1871.

NÚM. 33.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Roberto Robert.—Costumbres del siglo XVII, por D. Julio Monreal.—Matilde Díez, por D. Mariana Carreras y Gonzales.—El tren expreso, poema, por don Ramon Campomanes.—Cercanías de Lisboa (conclusion), por Rosa.—Revista de los trabajos de las academias y sociedades científicas, económicas y literarias (conclusion), por D. Florencio Jandry.—Teatro, por D. A. Sanchez Peres.—Don Cesáreo Sanchez.—Reunión en el café Internacional.—Cartas Gachonables, por Asmodeo.—Excmo. señor D. Praxedes Mateo Sagasta.—El aljibe de Trillo en Granada.—No hay deuda que no se pague (continuación), por D. A. Peres.—El día 2 de Mayo.—Cátedra pública del Ateneo.

GRANANCA.—Matilde Díez, dibujo de D. A. Peres, fotografía del Sr. Laurent.—Procesión cívico-religiosa del 2 de Mayo, dibujo de don J. L. Pellicer.—Cátedra pública del Ateneo, dibujo del mismo.—Excmo. Sr. D. Praxedes Mateo Sagasta, dibujo de D. A. Peres, fotografía del Sr. Laurent.—El aljibe de Trillo en Granada, dibujo de D. Ricardo Madrazo.—Cercanías de Lisboa. Palacio-castillo de la Peña en Cintra, dibujo del Sr. Damián.—Reunión en el café Internacional, dibujo de D. J. L. Pellicer.—Don Cesáreo Sánchez, dibujo de D. A. Peres.

ECOS.

Ecos de gloria nos han traído las auroras de mayo con sus recuerdos de 1808, enardeciendo los pechos en el santo amor á la independencia.

Para los que, vencedores de la muerte y del olvido, fueron ejemplo de pueblos y reyes, y castigo de tiranos invasores, no callará jamás la voz del agradecimiento; su heroísmo será siempre gloria y orgullo de las generaciones españolas.

No fueron nobles ni plebeyos: fueron héroes mártires, cuyo varonil esmero señaló el término de sus conquistas al soldado extranjero, y aunó el pronto advenimiento de nuestras libertades.

¡Por qué, en el solemne día de tan gloriosos recuerdos, hubieron de ser atropellados los individuos que en el café Internacional, ni invadían, ni mermaban derechos, ni infringían leyes, ni coartaban la libertad de nadie!

El castigo más duro para los que fueron á ensañarse contra ciudadanos pacíficos, sería el que les impondría su propio entendimiento, si fuese capaz de hacerles comprender la brutalidad con que procedieron.

La mayor satisfacción que podía caberles á los atropellados la gozan ya, considerando quiénes fueron sus agresores.

¿Pero no se alarman Vds. al ver cómo la tradición va perdiendo todos sus perifollos?

Hace años que nos preguntamos como el poeta:

«Los infantes de Aragón
¿Qué se hicieron?»

Nosotros decimos: ¡á dónde fué á parar la manolera! Cinco años sobrevivió á las comunidades religiosas, con quienes formaba juego, y así como nunca se supo una palabra con respecto á su origen, tampoco se sabe dónde la enterraron.

Y bien: desde entonces han ido desapareciendo aquellas zagalonas que solían holgar un día pidiendo para la Cruz de Mayo, y holgar otro día para consumir en grosera francachela los dineros sobrados al truncante so pretexto de la redención cristiana.

Ya por entonces se decía desvergonzadamente *crus del tragadero*, aludiendo á la costumbre de pedir en nombre de Dios para gastar profanamente la limosna.

Este año, solamente niñas de corta edad han salido á pedir para la Cruz de Mayo, haciendo tan grata la ofrenda, como ridícula é indecorosa era antes.

Deplórenlo cuantos aman ciegamente lo pasado.

¿Pero qué fecundidad la de la primavera!

Apenas se nos ha colado por las puertas y ya derrama centenares de condecoraciones; ha creado la cruz de los voluntarios y el manifiesto de Montpensier; la conversión de Gonzalez Brabo y veinte robos sacrilegos.

¡Luego diría que no sucede nada y que la existencia es insípida!

¡Cosa particular! Se anunciaba de largo tiempo una crisis ministerial para cuando se constituyese el Congreso de los Diputados, y á medida que se fué aproximando el día solemne, fueron menguando y desvaneciéndose aquellos rumores.

Con este motivo no pude menos de recordar á los que continuamente ha-



DOÑA MATILDE DíEZ.

blan de su novia, y cuando al cabo están próximos á casarse no se les oye hablar de ella.

* * *

Aplazada la crisis, regados los campos con suaves y frecuentes lluvias, desahogada la langosta que amenazó devorar nuestros sembrados, aun parece que podríamos confiar en un porvenir apacible... si no tuviésemos tantas deudas.

¡Ay! Al pensar que el español al despertarse ve enseguida dos terceras partes de territorio despoblado, y alente pesar sobre su pecho una deuda pública, que aun sería onerosa para cuarenta millones de habitantes...!

Y al reflexionar que la mayor parte del presupuesto de gastos se consume en sostener el ocio...

Es lo que dice un amigo mio: esto de ver lo mucho que se huelga quitá la gana de trabajar.

* * *

Llegó la temporada de los beneficios teatrales.

Digo llegó y ya casi ha pasado. Beneficios para actores, para actrices, para poetas, para músicos, para quintos, para inválidos de las artes...

¿Será verdad eso de los beneficios?

Cada vez que preguntó: ¿cómo estaba ayer el teatro? Suelen responderme: no había un alma.

En cuyos casos no hay tales beneficios, y creo que sería más propio anunciar ese género de funciones diciendo: Funcion de cuenta y riesgo de D. Fulanito de tal.

* * *

Hoy día es casi obligatorio echar en cada revista un párrafo sobre la *commune*.

Acúsame de no poder hacerlo.

Leo lo que sobre la gente de París escriben los de Versalles; pero como desgraciadamente la pasión y el interés nos mueven á hablar mal del adversario, de ahí que no crea al pié de la letra los partes oficiales de la Asamblea, así como no daría crédito á lo que los rojos publicasen sobre el gobierno de Mr. Thiers.

Lo único que sé de positivo es que la gran ciudad de los placeres y de las bellas artes, de las pompas imperiales, los espectáculos y las modas, está convertida en un campamento.

Hace poco tiempo, cuando reinaba la paz en París, sabíamos punto por punto los nombres y circunstancias de las loretas más revoltosas que animaban el bosque de Boloña; los periódicos publicaban diariamente una lista de manjares escogidos; la gaceta nos participaba quién era el príncipe protector de la bailarina más famosa; la Rigoloche publicaba sus memorias; Teresa la cantatriz era admitida ¿qué digo? solicitada como ornamento de reuniones distinguidas...

Ahora todo cambió.

Unos dicen: París, aunque varonil, está muy feo.

Otros dicen: París, aunque feo, al fin está varonil.

Yo... ¿qué sé?

Gracias que en Madrid todavía no nos da tan fuerte, y podemos aún de noche extender nuestras excursiones hasta los circos de Recoletos.

* * *

A propósito: si no han visto ustedes á los acróbatas Lees, deben verles.

Ea decir: si á ustedes les admira sin horrorizarles el ver á un niño caído de lo alto y recogido al vuelo por dos hombres, que colgados cabeza abajo, y colocados de espaldas en dos trapezios paralelos, se balancean y en el momento de su conjunción salvan al niño.

Yo he leído cosas de batallas y no me he interesado tanto por los guerreros muertos, como por aquel chico que hasta ahora ha salido vivo del peligroso ejercicio.

He oído decir que los acróbatas Lees son ricos.

Y cuando pienso que Cervantes, y Milton, y Tasso, murieron pobres...

Cuando pienso en esto delante del público, me callo ó hablo de otras cosas.

Por ejemplo:

* * *

Todo Madrid habla de aguas medicinales y de regiones frescas. En mediados de mayo, ya se sabe que estos han de ser los principales temas de los diálogos madrileños.

Es cosa que asombra la multitud de conocimientos hidropáticos que poseen las señoritas al parecer más frívolas y poco instruidas.

Peró lo más sabroso de esas conversaciones son los inocentes pretextos con que ciertas familias tratan de

persuadir á las gentes de que si no salen á veranear no es por falta de recursos, sino por otras consideraciones de gran peso.

Desde que se atribuyen tantos siniestros proyectos á los que no tenemos que perder, todo dicho viriente quiere pasar por persona bien acomodada, y en llegando la época presente, la vanidad inspira las más graciosas sandeces á los cursis de todas las clases.

* * *

José Plácido Sansón ha publicado un tomo de poesías.

Este José Plácido Sansón es un hijo de las islas Afortunadas, querido de cuantos le conocen y conocido de muchos desde que publicó sus primeros versos.

El tomo que ahora ha dado á luz se titula *Ecos del Teide*. No lo he de alabar yo, ni me toca juzgarle; pero tampoco podía pasar en silencio la nueva de que el libro se había publicado.

* * *

Las letras españolas parecen recobrar algo del vigor que para bien de todos deberíamos desearles siempre.

Digolo especialmente, ya que viene á pelo, por la lujosa publicación que el editor Sr. Dorregaray anuncia con el título de *Museo español de antigüedades*, y digolo por la nueva edición de *D. Quijote de la Mancha*, que va á salir copiando el aspecto de la edición primera del inagotable libro; copia que deberemos á la fotografía y á la imprenta, y digolo por la publicación de *Lavriquet Pi de Olivi*, que recientemente ha dado á luz la sociedad de Bibliófilos españoles.

No nos faltan más que dos cosas: gente que sepa leer y sepa lo que se lee, y ediciones baratas de libros buenos.

* * *

La Sociedad *El Fomento de las Artes*, justifica plenamente su título con la exposicion artistico-industrial que está celebrando.

LA ILUSTRACION DE MADRID dará á conocer en breve los pormenores de esta festividad característica de los pueblos modernos. Pero, entretanto, debe serme lícito mostrar mi regocijo por ver á la capital de España entrar en la corriente de las naciones cultas, convocando artistas é industriales para que den muestras de que no ha muerto ni está aletargada la gran familia de que formamos parte.

* * *

Ahora una enhorabuena á la Imprinta Nacional y otra al fundador de moldes tipográficos D. Antonio Lopez.

La máquina de fundicion de caracteres del español Lopez, fué puesta en movimiento en competencia con otra extranjera muy ponderada; y en los dos dias que duró la prueba, á presencia de peritos imparciales, en las oficinas de la Imprinta Nacional, el triunfo de España fué completo.

Alegremonos de que al fundador Lopez no se le antojase desde niño echarse á empleado público, y esperemos que persevera en el glorioso empeño de perfeccionar los productos de su inteligencia.

* * *

Contitúyese definitivamente el Congreso de los diputados, merced á varias sesiones matutinas; es reelegida la mesa; anúnciase un nuevo dealinde en los campos de la mayoría, con motivo de la discusion del mensaje; anúnciase con rebaja los billetes de ida y vuelta en los ferro-carriles de Madrid á Zaragoza y Alicante; Lagartijo va á Córdoba; Arderías á Valencia y Barcelona; Frascuelo á Palencia; el Gordito á Algeciras; Delgado se queda en el teatro Español; los carlistas de España se agitan; los de Francia son internados; estos son los últimos ecos que llegan á mis oídos.

—

Despues cesa todo rumor; por más que aplico el oído nada oigo.

* * *

¡Las doce! ¡LA ILUSTRACION DE MADRID va á entrar en prensa!

Dejadme añadir siquiera: por repentina indisposición del simpático y ameno Fernández Florez, he zurdido á vuelapluma estos rípios.

ROBERTO ROBERT.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

UN AUTO DE FÉ.

Lo que sobraba todo extraño era que los hijos pagasen por los delitos de los padres; que no se supiese ni manifestase el que acababa, ni le confrontasen con el reo, ni hubiese publicación de testigos, todo contrario á lo que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demás desto les parecía cosa nueva que semejantes pecados se castigasen con pena de muerte, y lo más grave, que por aquellas pesquisas secretas les quitaban la libertad de air y hablar entre sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas, personas á propósito para dar aviso de lo que pasaba; cosa que algunos tenían en figura de una serpiente gravísima y á par de muerte.

[MARIANA, *Historia general de España*, lib. XXIV, capítulo XVII.]

Tú, lector (y perdóname la llaneza del tratamiento), no creerás en brujas y tendrás por consejas de aldea lo que hayas oído contar de esas malditas viejas de su afición á volar, caballerías en palos de escobas y untadas y piñagadas, como si salieran de lagar de molino; pues, amigo, si tal piensas, eres un zote, porque las hay, ó, mejor dicho, las hubo, con su acompañamiento de duendes, trasgos y vampiros; y si ya no existen, gracias mil á la eficacia de los *Autos de fé* con que nuestros fervorosos ascendientes persiguieron á sangre y fuego aquella vil raza, que sólo en lo mero se ocupaba.

Bien que es no ménos cierto que en nuestros dias hemos sacado á luz otro invento, que viene á ser el de los duendes, acomodado á los tiempos modernos, porque no era cosa que el mundo adelantase en cultura y los seres sobrenaturales se estuviesen papando moscas, como unos imbéciles.

Digo esto por los *espíritus*, cuya honradez, perdidos los antiguos malos hábitos, llega á tanto, que sólo se emplean en mear mesas y otros utensilios y en darnos curiosas noticias sobre lo ignorado.

Peró ¡ay lector benévolo, qué poco era tan suave su condición en aquellos tiempos y cuán bien hacían ellos en castigar sus demasías con aquel rigor valentísimo con que se les metía en vereda! Qué de ser otro vive Crispiol que no sé donde habiéramos ido á parar.

Su osadía y falta de los debidos miramientos había llegado al último extremo, y con ser los brujos y brujas de la última raza, pues rara vez se vió bruja noble ó rica, se atrevían á los más altos puestos, como podrían atestiguarlo, si viviesen, fray Froilan Diaz y fray Mauro Tenda, quienes tuvieron sus polémicas con el mismo Belcebú, y de sus autorizados labios supieron cómo algunos de sus camaradas habían tenido la inverecundia de tomar por morada nada ménos que la majestad católica de D. Carlos II de España, por mediacion de unos malditos hechizos.

Otros brujos y brujas se empleaban en chuparse la sangre de los niños, y quienes en hacer lo propio con los grandes, bien que, por lo general, los niños, como más tiernos y apetitosos, obtenían la preferencia.

En vista, pues, de estos y otros excesos no deberá extrañarse que con gente de tal catadura se empleasen los autos de fé; tanto más, cuanto que desde que Inocencio III instituyó la Inquisición * para purgar el mundo de albigeos y los Reyes Católicos la trasladaron á nuestra España * para conservar la pureza del dogma, había producido muy saludables resultados; teniendo el Santo Oficio, con tal cual socarroncito, más tranquila la dilatadísima monarquía española que si fuera balsa de aceite.

* Inocencio III nombra en 1.º de mayo de 1213 los primeros inquisidores, que fueron el abad del Cister y dos monjes del mismo instituto, Radulfo y Pedro de Castreño, del monasterio de Fuente Fria, en la Galla Narbonense.

* En Castilla se estableció definitivamente la Inquisicion por los Reyes Católicos en 1481, siendo pontífice Sixto IV. El virreinato de primer albergue el castillo de Utriana, en Sevilla. En Aragón no arraigó formalmente hasta 1481, en cuyo mes de abril, Torquemada remitió á los inquisidores fray Cristóbal Gólviz y el maestro Ortes, que lo eran á la manera antigua, y nombró en aquella corona á fray Gaspar Inguar y á Pedro Arbú, conocido por maestro Espía, á causa de la villa de su naturaleza. Poco mas de un año despues, un miércoles 15 de setiembre y segun otros 16 de 1483, fué ascendido el maestro Espía, una noche, al pié del altar mayor de la catedral de La Seo de Zaragoza, mientras araba, ántes de entrar al coro al rezó de matines, pues era canonigo de aquella sede. A instancias de Carlos V, el pontífice Paulo III autorizó para que se colgase una lanza sobre su sepulcro, honra solo concedida á los bienaventurados, entre cuyo número y con el epíteto de *beato*, fué colocado en 17 de abril de 1661 por Alejandro VII, y por fin Pio IX, que hoy vive la Iglesia, le canonizó en el último centenario de San Pedro.

Tamaño resolución no había de emprenderse á humo de pajas, ni era cosa de por ahí, ni de poco más ó menos, sino difícil entre las que de serlo más se preciaban y por tanto sólo capaz de ser llevada á cabo por medios eficacísimos.

Desde luego el Tribunal del Santo Oficio se extendía por toda la monarquía * como una gran red ó tela de araña, poblada de numerosas arañitas, que estaban como en acecho y allí donde una mosca pecadora trataba de levantar el vuelo más allá de donde le era lícito, quedaba pronto en las redes, sin que le fuera dado evadirse sin beneficio de su centésima.

Como entonces andaba el mundo tan malo y aquella pizarra canalla de moros, iscaríotes y lateranos, había dejado tan pésima semilla en nuestra España, no faltaban judaizantes ocultos, moriscos tornadizos y herejes encubiertos, que con el malditísimo zancarrón de Mahoma unos, con el era ó no venido el Mesías otros, ó con el condenado de Lutero no pocos, movían cada marimorena y daban cada escándalo, que era más que necesario que los inquisidores no se diesen punto de reposo en acechar y perseguir dónde estaba el sarmiento dañado para arrojarlo al fuego.

Y entonces se vieron en todo su esplendor los autos de fé * y dieron excelente resultado, pero esto gracias al Santo Oficio, que no se andaba corto ni perezoso en colibrarlos, antes, con ardiente celo, sabía acrisolar la candosa fé de los sospechosos, con la debida frecuencia de su escarmiento.

Estó, por otra parte, trajo además de esas otras ventajas, como, por ejemplo, la de que como el hábito produce la oscuridad, aunque en un principio pudiera causar algo de susto á los débiles y apocados la vista de las hogueras, á puro verlas iban dándose á ellas, tanto que después se chapaban los dedos de gusto á su calorillo, y no sólo no eran miradas ya con espanto, sino que, á semejanza de los toros ó la mojiganga, subieron á la categoría de fiestas públicas, y no había regocijo de los de arcabuzazo al aire y volteo de campanas, ni venida de reyes á visitar alguna de sus buenas ciudades, en que el Santo Oficio no encontrara algún resapo para obsequiar al egregio huésped con tales luminarias.

Como si el rey fuese á ver toros, se le alzaba un tablado de preferencia en la plaza, desde donde contemplase la atormentadora llama, que reducía á cenizas al rebelde pecador.

Pero el monarca en aquellas fiestas no presidía, tal honra estaba aparejada á quien con sus merecimientos había sabido alcanzarla, y con su celo desalojar al enemigo de sus madrigueras, teniendo entonces ahorrado en la pira.

El Santo Oficio se abrogaba la presidencia, y desde un cadalso, más alto que todos, dirigía el auto.

No siempre era preciso que hubieran de solemnizarse fiestas para su ejecución, bastando con que hubiese quien lo mereciera para que preparase el castigo.

Eso sí, para mayor ejemplar se aguardaba á que hubiese un crecido número de reos para que el acto fuese más devoto y solemne.

Reunir á muchos no era asunto muy árduo: sabida es la flaqueza humana y de nadie ignorada la perspicacia y entereza del Tribunal *.

En habiendo brujá, hereje ó judaizante, podía tener por seguro que no escaparía de los sabuesos de la Inquisición.

Ni eso era fácil, contando como contaba el Santo Oficio con tantos millares de servidores, y disputándose tal honra los más claros linajes de Castilla, ambicionando ser siquiera *familiares* del Santo Oficio *.

Estos familiares eran aquellos ministros que no tenían merecimientos para ser sus oficiales, pero que eso no obstante acudían á las cosas que les mandaban y encomendaban, como, por ejemplo, las prisiones de los sospechosos y los autos de fé, á los que acudían vestidos de negro, la cruz verde al pecho, distintivo de la Inquisición, y una vela, asimismo verde, en la mano.

Estos familiares eran en tanto número, que solían reunirse millares de ellos para un auto, y nunca faltaba á los penitentes lucido séquito de ellos, de suerte que podían llevar con paciencia los chicharrones, por lo honorosamente que los recibían, perdonando, como suele decirse, el hollo por el cocorron.

Desde el cargo de familiar, que era el ínfimo de los honoríficos, hasta el inquisidor general, que era el *locato de cardinals* del Santo Oficio, había muchos intermedios desempeñados generalmente por frailes del cordon alto, muy piadosos, de mucha doctrina y ejemplares virtudes, entre las que solía descollar la clemencia.

De estos cargos eran los de alguaciles, coñecidos por los más ilustres linajes; los de notarios, secretarios, consultores, fiscales, inquisidores, etc., etc., solo concedido á los que hubiesen demostrado una afición y afecto especiales por el Tribunal.

El cargo importantísimo de *inquisidor general* lo honraron nombres tan ilustres como el de fray Tomas de Torquemada * que purgó á España de más de diecisiete mil herejes, de los cuales quemó en persona dos mil, sin otro mayor número que huyó á otros países, por cuyos méritos el buen Torquemada, cuyo apellido ya huele á chamuscones, debe formar en primera línea entre los Herodes, Calígulas, Nerones y Dioclecianos.

No menos brilló el inquisidor fray Diego Deza, el famoso arzobispo D. Juan Valdés, el canónigo Lucero y tantos otros.

Con tan diligentísimos secuaces no cuesta mucho conjetar la frecuencia con que se repetirían los autos y si sería poca la solemnidad y ejemplar devoción con que se efectuarían.

Nada digo del boato y magnificencia que el número de los condenados prestaría, así como la variedad de sus castigos y la enormidad de sus evidentes delitos.

Á centenares eran conducidos á los patibulos, y así como cualquier función es más lucida cuanto mayor es el artificio y la diversidad de los juegos, así un auto lo era tanto más cuanto mayor era el número de los penitenciados y más variadas sus sentencias.

Como no auto era una cosa tan devota, según escritores de aquella época, y al propio tiempo tan divertida, tanto que constituía uno de los principales festejos en los grandes regocijos, puede verse en la consecuencia de si llamaría la atención y si se despolarían los alrededores de los pueblos en que se celebrase.

Reunía los conatos de *utile dulci*, por el ejemplar aprovechamiento, que junto con la diversión general resultaba, y si bien lo de *dulci* pudiera haber sido contradicho por los que pagaban el pato, se verían obligados á sucumbir ante el mayor número de los divertidos, que hubiera apoyado lo primero.

Corría, pues, la fama vocinglera, llevando de rincón en rincón la fausta nueva de que en un determinado día el Santo Oficio haría un muy saludable escarmiento en la piel de cierto número, no escaso, de bribones de herajas, convencidos hasta no más de ello, así como otros de judaizantes ó brujos, pues no sólo se les había probado con pelos y señales, sino que así también lo habían ellos declarado voluntariamente en el tormento, abjurando alguno de sus errores * no faltando tampoco *resapos* *.

Con tal noticia y acercarse el día prefijado, se veía acudir al sitio de la función, por varias sendas y caminos, innumerables curiosos que deseaban ver qué gesto ponía un hereje en la hoguera ó qué cosa era una brujá, pues aunque todos hablaban de ellas y aun en sus pueblos se señalaba con el dedo á tal ó cual vieja, cómo

concurrían al sábado *, ellas no habían llegado á verlas, hundiendo los aires, caballerías en sendas escobas.

Pero de lo que acudía no escaso número era de frailes de diferentes órdenes, pues como los conventos eran tantos, no mucha la ocupación y los que había en el pueblo en que se verificaba el auto concurrían á él profesionalmente, los comarcanos querían aumentar el decoro con su presencia y porque también con ello había motivo para esplayarse un poco, dejando las solitarias paredes del convento, yendo á ser regalados como huéspedes ante la hólguera y agasajo de los de la ciudad.

Ya el tribunal lo había prevenido todo: los calificadores * se habían dado larga tarea para el mejor servicio de Dios, examinando procesos y determinando quién merecía esta ó la otra pena: los ministros habían preparado leña, peneas, corozas y sambenitos * y los familiares apescebido sus insignias, quitando bonitamente el polvo á la cruz y pendon del Santo Oficio.

(Se continuará.)

JULIO MONREAL.

MATILDE DIEZ.

Muchas biografías se han publicado de la actriz insignie, cuyo retrato ofrecemos hoy á nuestros lectores; pero todas reducidas á narrar con más ó menos fidelidad y extensión los hechos generales de su vida exterior, entre los cuales descuella la serie de aún no agotados triunfos que ha alcanzado en su larga y gloriosa carrera artística.

De los escritos de esta especie que nos son conocidos, ninguno tiene por objeto examinar con acervá crítica las facultades de tan notable artista y la influencia que ha ejercido en el movimiento literario iniciado en España en el primer tercio del presente siglo. Y es que no son frecuentes entre nosotros tales estudios, á que en otros países consagran especial atención y hacen objeto de serias meditaciones los historiadores más renombrados. Nuestras eminencias artísticas desaparecen sin que la biografía, tal como la han entendido Plutarco en la antigüedad y Macaulay en nuestros días, recojan, para enriquecer la historia, la herencia de recuerdos preciosos que aquellas dejan en pos de sí, como un rastro brillante de su paso por las regiones de lo bello y de lo sublime. ¡Olvido ciertamente lamentable, sobre todo cuando se trata de artistas cuyas obras no llegan á la posteridad y cuyas creaciones viven la vida efímera de las flores, como los que consagran su inteligencia á la espinosa carrera del teatro! Y si á esto se añade que su nombre esté enlazado á los que más honran la literatura patria, que su acción marque un período de restauración de las letras y haga época, por decirlo así, en los anales del arte dramático, la negligencia es todavía mayor y se hace de todo punto preciso repararla.

En este caso se halla MATILDE DIEZ, astro radiante de la escena contemporánea, vástago ilustre de una raza de artistas que desgraciadamente se extingue sin dejar sucesores de su gloria.

* Sábado, nombre que se daba al conchillabato de los brujos, por reunirse en este día llamándose también *apostolares*; voz vascongada que vale tanto como *prado del calvón*, porque los brujos declararon repetidas veces que el diablo concurría en la forma de aquel animal, poco más ó menos.

* Calificadores eran los teólogos que especificaban la calidad del delito; las calificaciones eran de *objetivo* y *subjetivo*, la primera tenía por objeto calificar el dicho ó hecho en sí mismo, y la segunda interpretaba la intención. El conato que daba los calificadores se llamaba *nota teológica*, y según ella se denominaba al penitenciado, *hereje formal, proximo á la herejía, in-dulgente, pastor ó favorable á ella, errante, indolente ó erróneo, temerario, errandaburo, ofensivo á otros piadosos, anticristiano, anticatólico*, etc., etc.

* Llamábase *sambenito* á una vestidura que se ponía á los penitenciados por la Inquisición. En un principio se le denominó *hábito penitencial* y no tenía forma ni color determinados, el bien se le había morado, siendo de advertir que hubo un tiempo en que sirvió de distintivo á los católicos para diferenciarse de los *albigenses*. Consistía en el antiguo en dos cruces que se colocaban en ambos lados del pecho, ordenando el conde de Fajóza de 1229 que fueran de color diferente del traje. En el conde de Bebera, en 1283, se dispuso que las cruces fuesen amarillas, fijado una en el pecho y otra en la espalda, de dos palmos y medio de largas y dos de anchas, siendo la cinta de paño que la formaba de tres dedos. Andando el tiempo se dió al *sambenito* la forma de un escapulario monaca, hecho de paño amarillo y las cruces, que eran rojas, se pusieron en forma de asa. Además se pintaba en la parte anterior una figura entre llamas, y estas se salpicaban por el sambenito, colocándose bien arriba al penitenciado había de ser quemado vivo y hacia abajo si después de ahorcado. El nombre de *sambenito* es una corrupción de *sacris benedictus*; algunas, aunque pocas veces, se le llamaba *zamarra*. La *coraza* era un guiso alto, conle-tranca-do y sembrado de iguales distintivos.

* Además del inquisidor general ó mayor, que residía en la corte, donde formaba Tribunal con cinco personas del Supremo Consejo, había otros inquisidores en las ciudades siguientes: Toledo, Cuenca, Murcia, Valladolid, Santiago, Logroño, Sevilla, Córdoba, Granada, Llerena; y en la corona de Aragón, en Valencia, Zaragoza y Barcelona.

* Los autos tenían diferente graduación según su importancia; así se llamaba *Auto general de fe* aquel en que se presentaban condenados por diferentes delitos, y que habían de sufrir penas distintas. *Auto particular de fe* era el que tenía por objeto castigar una sola clase de delitos y no acudían á él todos los ministros de la Inquisición, como el anterior. *Auto singular de fe* era el que sólo castigaba á un reo, y finalmente, se llamaba *Auto de fe* cuando era cosa de celebrarse el castigo á puerta cerrada y sólo con presencia de algunas pocas personas privilegiadas con la vista de tan edificante escarmiento.

* A fin de descubrir los enemigos de la fé se publicaban los llamados *edictos de delaciones* para que todo el que supiese de alguno lo manifestase al tribunal; y ocho días después se daban otros edictos, denominados de *querrelas*, imponiendo pena de excomunión al que callase en tan importante asunto.

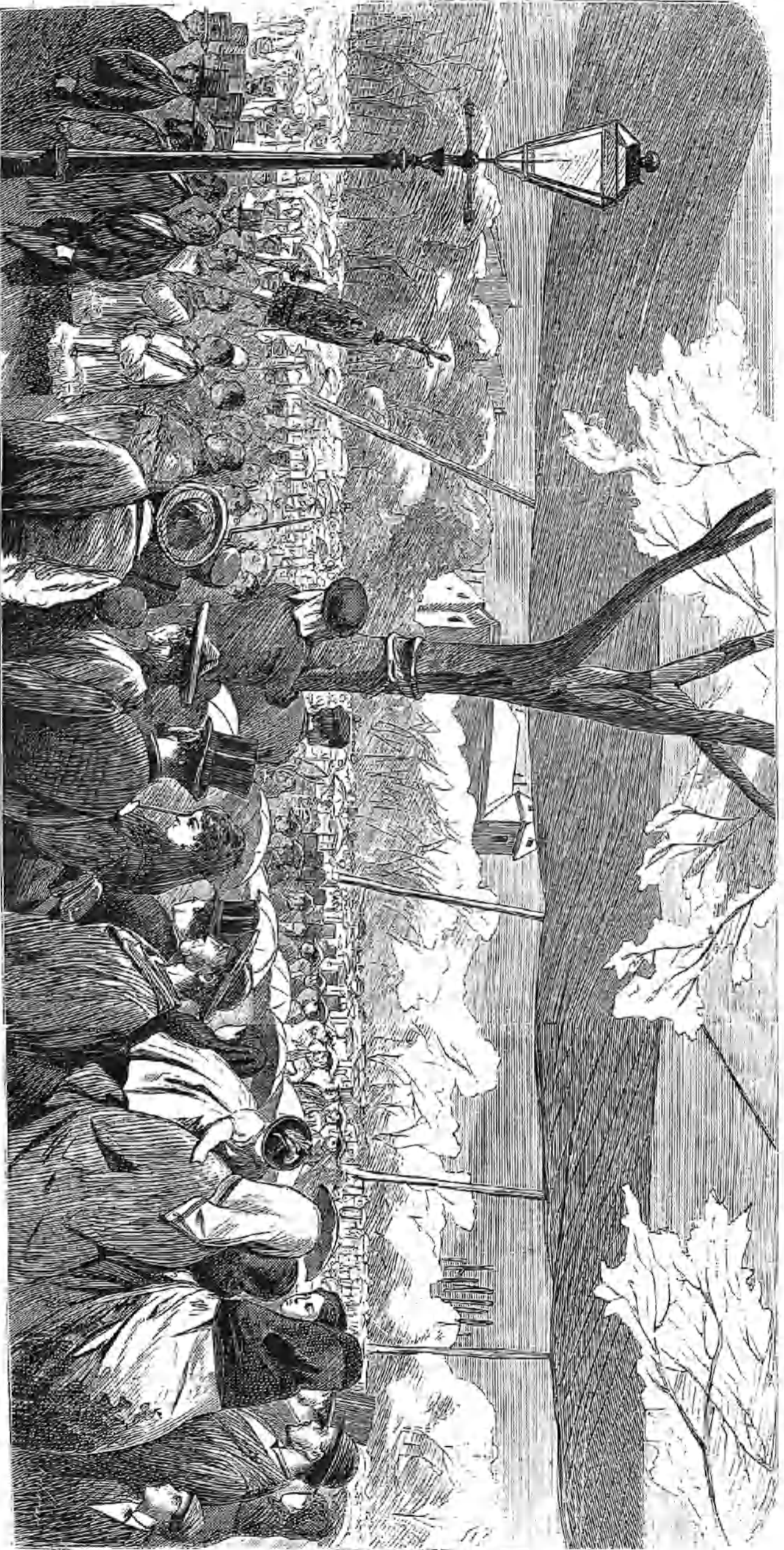
* *Familiares*, orden ó grado de adeptos de la Inquisición, fundado por Santa Dominga de Guzman, que había establecido ya otros dos, uno de ellos de mujeres, y á este se le dió el nombre

de *ordenes de penitencia* ó *Misericordia de Cristo*. Asistían las familias á los inquisidores y se les reputaba parte de la familia de la Inquisición; de aquí el linaje de *familiares*: fué aprobado su instituto por Honorio III y confirmado por Gregorio IX.

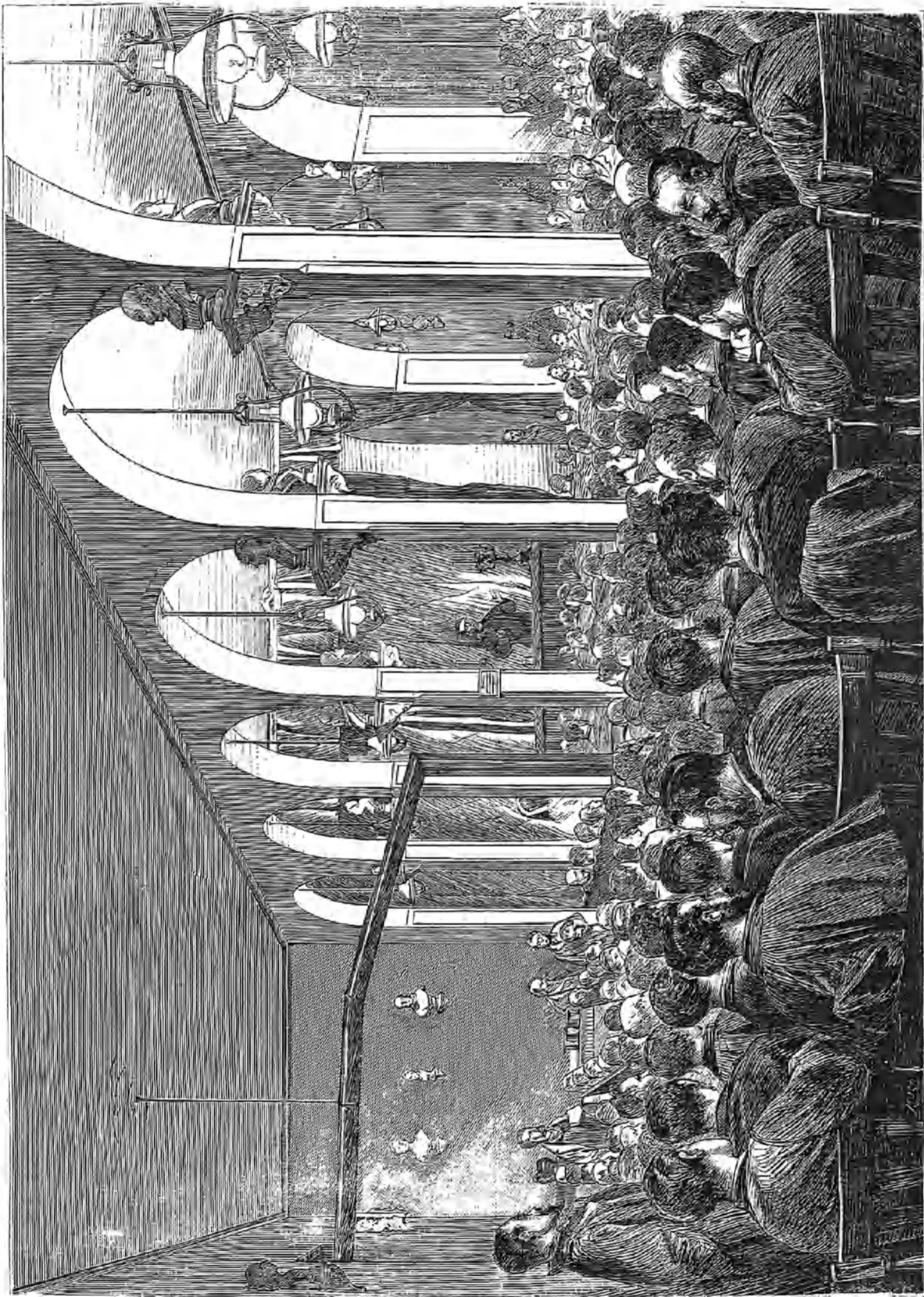
* Fué Torquemada prior del monasterio de Santa Cruz, de la orden de Santo Domingo, en Segovia, y confesor de los Reyes Católicos, lo que le daba mucha cabida con sus seños penitentes, al decir de los historiadores. El cargo de confesor de los reyes, sin embargo, más bien fue honorífico que efectivo y le conferieron los monarcas en este concepto á todos los inquisidores.

* Las *objurgaciones* tenían diferente nombre, según era el delito; llamábase *objurgación de formal* la que hacía el declarado hereje formal; *objurgación de vehementi* la hecha al considerado solamente como sospechoso, y por fin, *objurgación de leve* aquella á quien se imputaban sospechas de poca monta.

* *Resapo* era llamado el que alusivo de hereje formal ó sospecha vehementemente reincidía en iguales errores.



PROCESION CIVICO-RELIGIOSA DEL 9 DE MAYO.



CATEDRA PÚBLICA DEL AVENUEO.

MATILDE DIEZ es uno de esos genios meridionales, cuya organizacion, esquisitamente impresionable, lleva en sí el carácter de variedad que es patrimonio exclusivo de las naturalezas privilegiadas. Dotada de una gran sensibilidad y de un espíritu de observacion vivo y penetrante, ha llevado á un grado de naturalidad inimitable la expresion de los afectos tiernos; desenvolviendo al mismo tiempo en el vastísimo campo de la comedia la gracia más fina y delicada. Cierzo que para ello la ayuda una fisonomía extraordinariamente movible, en la cual con la misma facilidad se pinta el candor angelical que la picaresca malicia, la timidez medrosa que el valor intrépido y sereno, la resignacion y la dulzura que la cólera impaciente ó la furia terrible y reconcentrada. Todas las pasiones, todos los matices del sentimiento se reflejan como en un espejo clarísimo en aquel rostro simpático que parece unido á su corazón por misteriosos resortes, y de ningún otro podria decirse con más verdad que es el trasunto y la imagen del alma tras él escondida. Pero de todas las grandes dotes físicas de MATILDE DIEZ, ninguna como su voz, que es en ella casi una facultad del espíritu: su voz pura, sonora, argentina, cuyos sonidos se escapan de su pecho, á veces débiles y vagos, como los ecos de una arpa sónica, á veces profundos y graves como las notas del órgano ó el melodion. Cuando MATILDE se deja oír en el teatro, sus acentos llenan la sala, penetran hasta lo más hondo del corazón humano, y no hay atención que no cautiven, ni indiferencia que no esciten, ni espectador que pueda resistir á su encanto. En suma, una intuición poderosa, una sensibilidad esquisita, un espiritualismo sublime é incomparable, unido todo á una voz y una fisonomía que parecen naturalmente formadas para expresar lo ideal, he aquí á MATILDE DIEZ como actriz cómica y dramática. Así ha podido tomar una parte tan importante en el movimiento artístico y literario de nuestros días, realizando en la escena las diversas formas bajo las cuales se ha lanzado la literatura española en el camino del renacimiento. Apenas habrá, en efecto, obra alguna importante que MATILDE no haya dado á conocer al público, ni triunfo escénico de que ella no haya sido partícipe, ni laurel dramático que no haya arrancado por sí misma del árbol sagrado, pudiendo decirse que su corona de artista está tejida con hojas arrancadas por su talento á las de todos nuestros grandes poetas contemporáneos. Martínez de la Rosa, Gil y Zárate, Hartzenbusch, Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Zorrilla, Rubi, Ayala, Hurtado y tantos otros que han seguido con más ó ménos fortuna sus huellas, le deben una buena parte de su fama, y si fueran á enumerarse todos los tipos, todos los caracteres que ha creado en los diversos géneros de la dramática, desde el humilde y popular sainete hasta la tragedia, desde la sencilla pieza de costumbres hasta la comedia de intriga ó cortesana, resultaria que su vida artística es una serie de creaciones no interrumpidas desde que por primera vez, niña aún y entregada solamente á su instinto de lo bello, pisó las tablas del teatro.

Por lo demás, MATILDE DIEZ no pertenece á ninguna escuela; se ha formado á sí misma sin aceptar con la irreflexiva subordinacion de las inteligencias medianas los modelos que ha tenido á su lado. Su rarísima percepcion la ha guiado por los senderos de la verdad, preservándola de caer en la ridícula imitacion de los que buscan la belleza en los patrones hechos. MATILDE DIEZ no ha incurrido en ninguna exageracion sistemática, y seria difícil determinar hasta qué punto influyen en su manera de ser artística las sectas filosóficas que disputan sobre el principio absoluto á que debe plegarse el arte. Así la figura de nuestra actriz no ha aspirado nunca en la escena á un plasticismo inflexible ni ha caído tampoco en ese pueril naturalismo que desconoce la idealidad. MATILDE DIEZ ha huido de todos los extremos, y ha sabido encontrar los límites en que pueden confundirse y ser susceptibles de armonía lo ideal y lo real. Por eso su declamacion no tiene ese sello convencional que se nota en los artistas extranjeros y de que han adolecido los más notables de Italia y de Francia, la Ristori y la Rachel, por ejemplo. En nuestra actriz, obligada á dar á su genio artístico una variedad análoga á la de la literatura dramática contemporánea, la creacion ha seguido necesariamente de cerca á la impresion, conservándola su frescura y su ingénua originalidad. Nada de rígido, nada de convencional en el arte de MATILDE DIEZ; su inspiracion, siempre fecunda y espontánea, ha rechazado la tiranía de la regla, con esa independencia propia de los grandes genios, y que tan admirablemente se revela en las obras maestras de nuestros inmortales poetas. La movilidad de costumbres en un período de transicion como el que atravesamos, período

por demás escabroso para el artista y el escritor, ha sido la fuente en que nuestra actriz ha encontrado una vena cómica inagotable, y la naturaleza, que nunca extravia cuando se la consulta con espíritu inteligente, le ha servido de maestra en la expresion de los afectos dramáticos.

Con tan raras dotes, el genio de MATILDE DIEZ ha sobrepujado en extension, sino en intensidad, al de todas las celebridades teatrales que han florecido en nuestros días y á las cuales ha acompañado por los senderos de la inmortalidad. Así es que entre todas estas estrellas del teatro brilla y brillará siempre esplendente y deslumbradora la de nuestra actriz, sin que se eclipse ó palidezca ante ninguna la aureola que la circunda.

MATILDE DIEZ es la tradicion viviente de una pléyade de artistas, de que ya no queda más que un glorioso recuerdo: Mañquez, Guzman, Latorre, Julian Romea. Cuando aparece en la escena, nos imaginamos verla rodeada de todas esas sombras ilustres, unidas á ella inseparablemente por un vínculo de entretejidos laureles.

¡Plegue á Dios que la grande artista los cifa todavia por mucho tiempo, conservando el fuego sagrado de la inspiracion, que sin ella se hubiera ya extinguido en nuestra escena, y siendo, como lo es hoy tan dignamente, el representante más legítimo del arte de Moliere y de Lope de Rueda!

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

EL TREN EXPRESO.

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ingeniero de caminos el célebre escritor D. José de Echegaray, su administrador y amigo.

EL AUTOR.

CANTO PRIMERO.

LA NOCHE.

I.

Habiéndome robado el albedric
Un amor tan infanso como mio,
Ya recobrados la quietud y el seso,
Volvia de París en tren expreso:
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
Como un pobre viajero fatigado
Para pasar bien cómodo la noche
Inelmente acostado,
Al arrancar el tren, subió á mi coche,
Seguida de una anciana,
Una jóven hermosa,
Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

II.

Luégo á una voz de mando
Por algun héroe de las artes dada,
Empezó el tren á trapidar, andando
Con un trajin de fierá encadenada.
Al dejar la estacion, lanzó un gemido
La máquina que libre se veia,
Y corriendo al principio, solapada
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas
Por los campos, rugiendo, parecia
Un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
Aquel tren que corria como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la jóven con dazura:
—¿Sois español? Y á su armonioso acento,
Tan armonioso y puro, que aún ahora
El recordarlo sólo me embelesa,
—Soy español, le dije. ¿Y vos, señora?
—Yo, dije, soy francesa.
—Podéis, la repliqué, con arrogancia,
La hermosura alabar de vuestro suelo,
Pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
Un país tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el país de mis amores,
El país del ingenio y de la guerra,
Pero en cambio, me dijo, es vuestra tierra
La patria del honor y de las flores.
No os podéis figurar cuánto me atraiña
Que, al ver sus resplandores,
El sol de vuestra España
No tenga, como el de Asia, adoradores.

Y despues de halagarnos obsequiosos
Del patria amor el puro sentimiento,
Entrambos nos quedamos silenciosos
Como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
Que dar vueltas por sendas mal seguras
En el fondo de un pozo del abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
Veia allá á lo lejos, desde el coche,
Agitarse sin fin cosas oscuras,
Y en torno, cien especies de negruras
Tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosa
Que agregan el terror y el desvario
Á todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas que parecen esquelatos!...
¡Las nubes con entrañas abraçadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina,
Esparecidos por dedos inviábiles!...
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que andar se ven! ¡Hondos que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
Vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!...
¡Acá lo turbio, allí lo indiscernible,
Y entre el humo del tren y las tinieblas
Aquí una cosa negra, allí otra horrible!

V.

¡Cosa rara! entre tanto
Al lado de mujer tan aduadora
No podía dormir, siendo yo un santo,
Que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
Mas fué inútil empeño:
Admiraba á la jóven, y es sabido
Que á mí la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella
Sin echar sobre mí mirada alguna,
Abrió la ventanilla de su lado,
Y como un sér prendado de la luna,
Miró al cielo azulado,
Preguntó, por hablar, qué hora seria,
Y al ver correr cada fagaz estrella,
—¡Ved un alma que pasa! me decía.

VI.

—¡Vais muy lejos! con voz ya controvista
Le pregunté á mi jóven compañera.
—Muy lejos, contestó; voy decidida
A morir á un lugar de la frontera.
Y se quedó pensando en lo futuro,
Su mirada en el aire distraída,
Cual se mira en la noche un sitio osuro
Donde fué una vision desvanecida.
—¿No os habrá divertido,
La repliqué galante,
La ciudad seductora,
En donde todo amante
Daja recuerdos y se trae olvido?
—Lo traeis vos! me dijo con tristez.
—Todo en París lo hace olvidar, señora,
Le contesté, la moda y la riqueza.
Yo me vine á París, desesperado,
Por no ver en Madrid á cierta ingrata.
—Pues yo vine, exclamó, y hallé casado
A un hombre ingrato á quien amé soltero,
—Tengo un rencor, le dije, que me mata!
—Yo una pena, me dijo, que me mueró!
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
Siendo su mente espejo de mi mente,
Quedándose en silencio un grande rato
Pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corria, que volaba,
Era tan vivo el viento, era tan frío,
Que el aire parecia que cortaba;
Así el lector no extrañará que, tierno,
Cuidase de su bien más que del mio,
Pues hacia un grau frío, tan gran frío
Que achó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando alta, doliente,
Con el cuerpo aterido,

—¡Tengo frío! me dijo dulcemente,
Con voz que, más que voz, era un balido,
Me acerqué á contemplar su hermosa frente,
Y os juro por el cielo
Que, á aquel reflejo de la luz escaso,
La jóven parecí hecha de raso,
De nacar, de jazmín y terciopelo;
Y creyendo invadidos por el hielo
Aquellos piés tan lindos,
Desdoblándome mi manta zamorana,
Que tenía más borlas verde y grana
Que todos los cerezos y los guindos
Que en Zamora se crían,
Cual si fuese una madre cuidadosa,
Con la cabeza ya vertiginosa,
La tapé aquellos piés, que bien podrían
Ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

¡De la sombra y del fuego al claro oscuro
Brotaban perspectivas espantosas,
Y me hacía el efecto de un conjuro
El ver reverberar en cada muro
De las sombras las danzas misteriosas!...
¡La jóven que, acostada, traslucía
Con su aspecto ideal, su aire sencillo,
Y que, más que mujer, me parecía
Un ángel de Rafael ó de Murillo!...
¡Sus manos por las venas serpenteadas
Que la fiebre abultaba y encendía,
Hermosas manos que á tener cruzadas
Por la oración habitual tendía!...
¡Sus ojos, siempre abiertos, aunque á oscuras,
Mirando al mundo de las cosas puras!...
¡Su blanca faz de palidez cubiertal...
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
La celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
Del techo que irradiaba tristemente,
Aquella luz de cueva submarina,
Y esa continua sucesión de cosas
Que así en el corazón como en la mente
Acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salía
Del techo de aquel coche, que tenía
La forma de la tapa de una tumba!...
¡La visión triste y bella
Del sublime concierto
De todo aquel horrible desconcierto,
Me hacían traslucir en torno de ella
Algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
Entre un humo que surcan llamasadas,
Despide la feroz locomotora
Un torrente de notas adelantadas,
Para anunciar al despuntar la aurora,
Una estación, que en feria convertía
El vulgo con su eterna gritería,
La cual ansuradora y esplendente
Con las luces del gas brillaba en frente;
Y al llegar, un gemido
Lanzando prolongado y lastimero,
El tren en la estación entró seguido
Cual si entrase un reptil en su agujero.

(Se continúa.)

RAMON CAMPOAMOR.

CERCANIAS DE LISBOA.

(Conclusión.)

Está situada Cintra cinco leguas al Noroeste de Lisboa, á la falda de una sierra, otro tiempo llamada *Montanha da Luz*; cuenta 4,500 habitantes, y ya hubiera doblado el número á no haberse quedado en proyecto el ferrocarril que debía ponerla á media hora de la capital, cuando ya estaban concluidas las obras de fábrica y de explanación. Las calles son tortuosas, estrechas y mal empedradas; en la plaza, que es irregular, está entre la montaña y el valle el *palacio Real*, que incuestionablemente fué la Alhambra de los reyes moros de Lisboa, como lo indican trozos muy considerables de arquitectura árabe, y hasta la disposición y los nombres de algunas habitaciones. No entraremos ni en la descripción detallada, ni en el análisis de construcciones con que, desde don

Juan I, cada siglo parece haber dejado una huella; no se da un paso en este palacio, lleno de reminiscencias históricas, sin recordar las que á él han contribuido y el tiempo de cada uno de ellos: aún se conservan intactos el comedor de los árabes y la pieza del baño, que á través de huecos imperceptibles producen á voluntad una menuda lluvia despedida de paredes, techo y suelo; en pie está también la sinagoga, convertida en capilla y pasillos; puertas y ventanas denuncian á cada paso el árabe alczar. En este palacio se abrió y cerró la carrera de Alfonso V; en él descubrió D. Sebastian á los grandes del reino el proyecto de su desastrosa campaña en Africa, que no debía durar más que un día, y en una pequeña habitación convertida en cárcel pasó ocho de los últimos años de su triste vida Alfonso VI, declarado incapaz de reinar después de un vergonzoso proceso: todavía hoy se ven los ladrillos del pavimento gastados por los pasos de aquel esposo y rey desgraciado. Son de notar la *sala de armas* ó de los ciervos, así llamada por las cabezas de venados que en ella aparecen formando filas; mandóla edificar D. Manuel y contiene los blasones de las familias nobles portuguesas en número de setenta y cuatro escudos, hallándose raspados los de Tavora y Aveiro, por haber sido ajusticiados sus poseedores, como cómplices en el atentado contra la vida de D. José I. La *sala das pegas* tiene pintados muchos pájaros, saliendo del pico de cada uno de ellos una cinta con la divisa *Por bee*: fué mandada construir por don Juan I y su mujer doña Felipa de Lancaster, que sorprendiendo á su marido en el acto de abrazar, dice la crónica, á una dama de palacio, exclamó: *E por bee*, palabras que luego se convirtieron en mote de aquel rey; y véase una prueba más del lindo origen que solían tener las divisas en aquellos felices tiempos! Merece fijar la atención la grandiosa chimenea de mármol, con relieves de Miguel Angel, que se halla en una de las habitaciones del palacio, en que hasta la cocina es singular, no sólo por lo alta y espaciosa, sino por dos chimeneas de descomunal tamaño y en forma de pilon de azúcar, que se ven desde mucha distancia.

Entre las muchas casas de campo enclavadas en la población, se cuentan la de la baronesa de *Royalvira*, muy amena y abundante en aguas cristalinas, con buena cascada, lindas praderas y frondoso arbolado, uno de los paseos predilectos de la gente que pasa el verano en Cintra: la de *Satizá*, en la cual se firmó en 1806 entre Wellington y Junot la convención que puso término á la invasión francesa. Hay en este palacio un eco que repite siete sílabas, de donde proviene el nombre de *Satizá Seta-ais* (siete ayés); delante del edificio se extiende una preciosa pradera, que es el sitio de reunión de los frecuentadores de Cintra; la del *Marquês de Penabul*, en la cual es de notar una calle de árboles que llaman *Passeio dos Amores*; la del *duque de Saldanha*, que se distingue por la originalidad de su arquitectura; las de Palmela, Cadaval, Lafios, conde de Redondo, Reis, vizconde de Monforte, Campo Pereira y otras muchas que sería prolija citar, todas ellas rodeadas de una magnífica vegetación que crece y prospera grandemente entre masas informes de fragmentos graníticos; junto á las habitaciones se acumulan los chopos, las encinas, los árboles de la pimienta, los pinos de todas clases, las tangerinas, las higueras, los naranjos, los arbustos tropicales que alcanzan la corpulencia de árboles; sobre los muros y las terrazas se ostentan las vides, las pastonarias, los alcirines, las rosas, las dalias, los bosques de camelias y toda especie de flores; á cada paso murmurarán arroyos de excelente agua, que bajan de las montañas formando cascadas naturales por quebraduras de las peñas y alfombras de yerba.

La expedición á Cintra impone otra expedición, penosa pero bien recompensada, con el espectáculo que se halla al final. Hágase generalmente en burrinhos, que suben con rapidez por un camino, parte murado y parte abierto en la roca, orlado de plantaciones de pinos, abundante en arroyos, en puntos de vista, en grutas y asientos para descansar del largo rodeo que es preciso dar para subir á la cima de la montaña. Una portada con verjas de hierro sobre unos jardines de la Armada, un inmenso macizo de árboles y flores, en cuyo punto más alto, mil metros sobre el nivel del mar, descuella el mágico *Palacio acastellado da Pena*, construcción gótica, formado con los restos del antiguo castillo feudal y del convento edificado por D. Manuel, aprovechando una parte de las murallas y fosos, de los torreones, iglesia y claustros, hasta formar el modelo más admirable de arquitectura de la Edad Media. D. Fernando, el rey artista, compró todo aquello en estado de ruina; trazó el plan, con vino y llevó á cabo los trabajos de esta residencia singular, atrevida como una balada alemana, inverosímil como una leyenda del Asia fabulosa. Torres,

cúpulas, murallas, almenas, puente levadizo, foso, patios, ingresos, todo se halla adornado de bellísimos relieves, presentando al espectador verdaderos prodigios de cincel: las salas, las habitaciones, los corredores; las escaleras y minaretes contienen galas de escultura, muebles de siglos pasados, caprichos de púetica fantástica dibujados en piedra, en puertas, ventanas, torreones, bóvedas, arcadas y lienzos de muro: tal es el palacio-castillo de la Peña, que parece fabricado por manos de hadas y suspenso milagrosamente en las puntas de las peñas. Todo él está enclavado entre los picos de la sierra, sobre masas colosales de basalto; sus altas torres dominan el océano hasta el más distante horizonte, las montañas de la Estremadura portuguesa y del Alentejo, el cimborrio de Maíra, los más elevados edificios de Lisboa y las risueñas planicies que cercan la base de la sierra: cuando ya pesan sobre ellas las sombras de la noche, todavía se reflejan amortecidos los últimos rayos del sol en los muros de esta construcción fantástica vecina del cielo.

Tarea larga sería entrar en la descripción de las bellezas de la gran posesión cercada que rodea el palacio: lagos, templetes, pabellones, estufas, caprichos rústicos, estatuas, fuentes decoradas, adornos; venados, corzas, liebres, gacelas, pavos reales, avestruces, aúneas, patos y aves no comunes, en libertad completa; selvas de árboles de todos los climas, algunos de ellos únicos en la Península; bosques de camelias, y entre enormes trozos de piedra, macizos de las más variadas y escogidas flores: tal es el marco en que se halla colocado el castillo de la Peña.

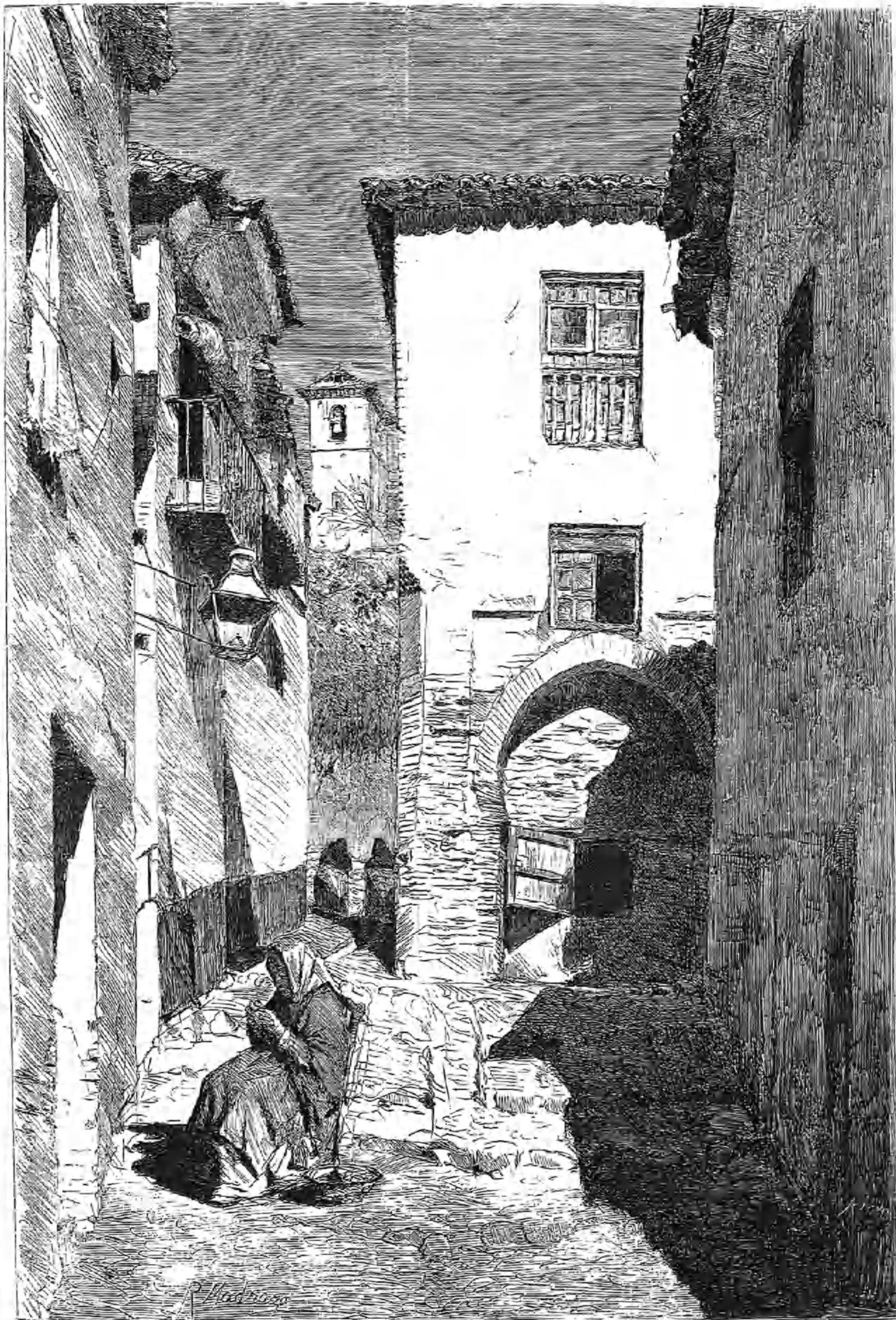
A corta distancia de él, en otro pico de la montaña, está el *Castello de Mourer*, reparado también por don Fernando: el de la Peña conserva aún la iglesia del convento; el de los moros la antigua mezquita, en que todavía se distinguen las pinturas que la adornaban. Cavando en ella se encontraron, hace pocos años, algunos esqueletos, que no podía saberse si eran de moros ó de cristianos: D. Fernando los hizo colocar en una sepultura, cubierta con una gran piedra, en la cual aparecen grabadas una cruz y una media luna, como emblema de las dos religiones; debajo se leen estas palabras: *O que ficou junto Deus separará*; muchos de los que visitan aquel sitio dejan también escritos en aquella piedra trozos de poesía ó prosa, alusivos á aquel panteón humano: el castillo tiene bien conservada una cisterna con buena agua; desde los torreones que quedan en pie, se abarca el lado de la villa que ya conocemos, sembrado de trozos de lava, que dan al paisaje una sombría belleza árida, aunque no tanto que bajo aquel cielo, donde todo prospera sin gran trabajo, dejen de verse prados de buena vegetación, tierras sembradas de trigo y maíz y no pocos árboles, en su mayor parte olivos.

Desde el Castillo de los Moros se puede bajar á la villa en pocos minutos, por un atajo que es preciso seguir á pié: desde la Cintra á *Collares* no hay más que una legua por un camino sumamente ameno y poblado de casas de campo, y nadie está dispensado, hallándose en Cintra, de tomar el burrinho de costumbre para trasladarse á *Collares*, villa famosa por su fruta, la manzana y la naranja especialmente, y el vino tinto que lleva su nombre, rival del mejor de Borgoña; sus numerosas y excelentes quintas, su *Matia*, bosque de castaños, su *Passeio dos amores*, su *Faja*, abismo cavado perpendicularmente por la naturaleza, en cuyo fondo penetra subterráneamente el mar con terrible estampido, y su *Pedra d'Alvidar* suspendida sobre el abismo, y que sin embargo desciende la gente del país con gran ligereza, sin temor de que escapándose un pié vaya á hacerse pedazos en las puntas de las rocas, donde se estrella el mar levantando montañas de espuma.

A la derecha del camino, entre Cintra y *Collares*, se encuentra la quinta de *Monserrate*, la primera de Portugal y una de las principales de Europa, por la belleza de su palacio y jardín; la posesión es admirable como residencia campestre, si el palacio es exteriormente de un gusto incomparable, interiormente las maravillas y las riquezas de arte que encierra exceden á toda ponderación: el vestíbulo, la galería árabe, la rotunda que la interrumpe, la sala de música, el comedor, la biblioteca, la galería exterior que da vista á un lindísimo *colage*, todo es digno de un palacio real; y tan rico como él son los muebles y los objetos que contiene, con algunos de los cuales podría formarse un escogido museo; recordamos entre otros objetos un asombroso San Antonio, la puerta de la biblioteca maravillosamente tallada, y el sillón auténtico del Dux de Venecia. A dos millones ascienden los derechos de aduana correspondiente á los objetos introducidos por Mr. Cook, á quien el gobierno portugués dispuso del pago de ellas, otorgándole el título de vizconde de Monserrate en premio á su afición á



EXCMO. SEÑOR DON PRÁXEDES MATEO SAGASTA.



EL ALJIBE DE TRILLO, EN GRANADA.

Portugal, y á haber distribuido entre sus mejores artistas cientos de miles de duros.

Para terminar esta correría y este artículo, digamos algo de *Mafra*, villa situada á tres leguas de Cintra, en una planicie escarpada, estéril y desierta, ó más bien hablemos del suntuoso palacio y basílica el Escorial portugués. D. Juan V ofreció al cielo que si le concedía un heredero levantaría una abadía en el sitio en que se hallara el convento más pobre del reino: vino al mundo D. José y empezó el monstruoso edificio; trabajaron diariamente en su construcción de veinte á veinticinco mil personas; cuarenta y cinco mil, incluyendo siete mil soldados, en 1730; y en 1731, ya concluida la iglesia, aún se contaban quince mil cuatrocientos setenta. La planta es un cuadro de doscientos cuarenta y cinco metros por fachada; tiene ochocientos setenta habitaciones, cinco mil doscientas puertas y ventanas, trescientas celdas, tres iglesias; cada torre sostiene un carrillon con cincuenta y una campanas que pesan catorce mil quinientas arrobas, costaron más de veinte millones de reales. La parte del palacio se divide en dos: *residencia da rainha y do rei*; sucede á ambas, como á las del Escorial, que no corresponden á tanta grandeza y tan insensato derroche. Cuando murió Camoens, no contaba con más auxilio que el del pobre indio que salía por las noches á pedir limosna para él, aquel de quien decía el buen poeta: *ahí está o meu Jan que me pede duas moedas para carvão, e eu não as tenho para llas dar*, el rey sólo tenía para el valiente soldado, para el gran hombre sin el cual no habría poesía portuguesa, una pensión de diez y seis duros al año! Cuando murió D. Juan V, Mafra había arruinado á Portugal, en cuyo tesoro no quedaban cien cruzados; pero el Papa había autorizado á sus reyes para que desde Mafra en adelante se titularan fidelísimos. ¿Qué mejor saldo de cuenta!

Rosi.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES QUIMICAS,
ECONÓMICAS Y LINGÜÍSTICAS.

[Continúa.]

Oigamos lo que dice la Academia Nacional de Bellas Artes de San Fernando, en las actas de sus trabajos, que recientemente ha publicado:

«Poco se ha adelantado en la organización de las comisiones provinciales: de las seis que faltaba instalar hace un año, á saber, las de Canarias, Ciudad-Real, Guipúzcoa, Logroño, Pontevedra y Teruel, sólo lo ha verificado la de Pontevedra, que celebró su primera sesión el 26 de octubre, lo participó á la Academia en 20 de noviembre, y remitió el acta de instalación pocos días después. Las otras cinco continúan en el mismo estado, si bien hay esperanzas de que la de Canarias se organice pronto.» «Menos satisfactorio es todavía, fuera de decirlo, por más que sea doloroso, el resultado que han ofrecido los trabajos de las comisiones provinciales, á pesar del ejemplo y de las excitaciones de la Academia; se ha echado en olvido por casi todas el cumplimiento del deber que el Reglamento les impone de remitir cada tres meses una sucinta Memoria ó resúmen de sus trabajos y acuerdos durante el trimestre vencido; no se celebran las sesiones periódicas que el mismo Reglamento establece, y por consecuencia de esta falta no se promueven expedientes de conservación de objetos y monumentos artísticos; no se discute sobre su mérito é importancia; no se piensa en recolectar fragmentos, cuadros, libros, códices, antigüallas curiosas; se descuida la creación y conservación de los pequeños Museos de provincias, porque se desdía empezar por una docena de objetos colocados en un gabinete, olvidando que las grandes obras principian ordinariamente por humildes elementos.»

Cuando este es el lenguaje que con un habitual franqueza usa la Academia, para demostrar su sentimiento por las dificultades que encuentra, y por la apatía de las provincias, ¿cuál será el verdadero estado de las bellas artes en España? ¿Se operará la transformación que espera la Academia una vez termine el período de reconstrucción política del país? Mucho lo dudamos.

Y no es sólo la Academia la que ha tenido que quejarse. Otra solemnidad literaria se ha celebrado en estos días: la sesión pública de la Biblioteca Nacional para dar cuenta del estado de aquel establecimiento y adjudicar los premios ofrecidos en certámenes literario. Con sentimiento han oído los concurrentes de labios del señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que las dirige al Minis-

tro ó al Director general de Instrucción pública, las siguientes palabras:

«Tiempo há que á fines del año me tosa bosquejar un informe acerca de la Biblioteca Nacional, cumpliendo lo que ordena el art. 51 de su Reglamento: nunca he principiado tan á lo último como esta vez; y si no se hubiese presentado una obra, optando al uno de los dos premios que anualmente ofrece esta Casa, *un muy própura hoy*, el actual escrito comenzaría y acabaría pidiendo á V. E. que renunciáramos en tal ocasión á «la solemnidad con que debe ser leída la Memoria de la «Biblioteca; solemnidad que ya no se celebró en el «año 1866, si bien por causas diferentes de las de ahora. «Las mensualidades que de la consignación para el gasto «material de la Casa le debe el Tesoro, son muchas. No «es necesario precisar cuál será el estado de un estable- «cimiento, falto de sus ordinarios recursos; pero tam- «poco es noticia de las indispensables en este acto, más «propio de otra especie de manifestaciones. La de nues- «tros apuros, mejor que para expuesta aquí, es para su- «frida y callada. Pasemos pronto á lo que sea menos «digno de participar y de oír.»

Y en efecto, á continuación comunicó el ilustre director de aquel establecimiento que fueron, durante el año 1870, satisfechos en la Biblioteca Nacional 66.025 pedidos de libros, entre impresos y manuscritos, correspondientes á 62.313 papeletas de demanda. De estos libros, los impresos pertenecientes á ciencias y artes componían 22.846 obras; las de historia fueron 7.951; las de bellas letras, 6.256; las de jurisprudencia, 5.039; de misceláneas y periódicos, 4.291; de teología, 696. En castellano, 41.758; en francés, 4.671; en latín, 558; en italiano, 113; en inglés, 62; en alemán, 25; en portugués, 16; en gallego, 3; en bisayo, 2; en chino, otros 2.

Comparando los expresados números con los respectivos en el año anterior, aparece haber servido la Biblioteca Nacional, durante el año de 1871, 30.039 pedidos de libros más que en 1869. Este aumento se atribuye á la nueva disposición de abrir la Biblioteca durante las primeras horas de la noche.

Mas ya que de la Biblioteca Nacional nos ocupamos, creemos agrandar á nuestros lectores transcribiendo lo que acerca de sus adquisiciones en el año último nos ha comunicado su director en la Memoria leída en la sesión pública celebrada el domingo 5 de febrero último.

«La entrada de obras en la Biblioteca Nacional, durante el año de 1870, no ha sido corta; si bien es necesario advertir que los dones han excedido mucho á las compras, y que de éstas, no todas han podido ser todavía pagadas. El regalo más estimable, y uno de los mayores que ha recibido la Biblioteca nunca de país extranjero, ha sido una colección de 128 Biblias en diversas lenguas y tamaños, debidamente anotadas en pasta: casi parece inútil expresar que proviene este don de la Sociedad Bíblica de Londres. Otro donativo, también de gran estima, es un manuscrito en folio, del cual hizo ya larga mención el Excmo. Sr. Marqués de Molins en el curiosísimo libro que publicó el año pasado con el título de *La Sepultura de Cervantes*, páginas 195 y siguientes. Poseído el Sr. D. Valentín Cardenera, que lo ha cedido generosamente, por lo mismo que lo apreciaba en lo mucho que vale. Su título ya lo indica. Es un *Índice de las calles y casas de Madrid*, principiado á formar á fines de diciembre de 1625, y terminado en 1656; consta de 340 hojas, con registros alfabéticos además, al principio y al fin, el uno de nombres de calles, y el otro de personas, porque se expresa en el texto quién era el dueño de cada fines: excusado es detenerse á ponderar la importancia histórica de tal manuscrito. Procedentes de la catedral de Avila, se nos han remitido por el Archivo Histórico 312 tomos de obras en latín, ediciones invaluables muchas, casi todas de teología y derecho. En virtud del artículo 13 de la ley de propiedad literaria, ha recibido la Biblioteca Nacional, durante el año 1870, la suma de 526 libros, remitidos los más por el ministerio de Fomento, unos pocos por el de Ultramar, algunos cuantos procedentes del convenio con Francia, algún otro de los gobiernos de las provincias, algunas, en fin, entregados por los editores ó autores. También varios mapas y fotografías, y 539 piezas de música. Aparte, los boletines oficiales de 44 provincias. Se han remitido igualmente por el ministerio de Fomento 138 obras dramáticas, impresas, no todas, en el año 1870. Entre las compras de libros hay dos de gran importancia: 1.066 obras diversas, que pertenecieron á la Librería Balear de D. Miguel Fernando Capdepon, adquiridas luego por don Francisco Assuño Barbieri, y 95 de los herederos de nuestro malogrado amigo, el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara. Folletos y papeles varios, poco costosos, se han comprado muchos, recientes y antiguos: entre ellos,

y libros de todas clases y tamaños, han ingresado en la Casa, durante el año anterior, 19.331 artículos.»

«De publicaciones notables hechas en España durante dicho año, añade el Sr. Hartzenbusch, poco ha de poderse decir, porque agitadaísima la nación con las más graves cuestiones de la política, la parte de letras y ciencias no contaminada por ella ha debido ser no muy fecunda. Madrid ha visto aparecer y huir casi diariamente gran número de periódicos nuevos, que no han llegado á formar período, y otra multitud de papeles sueltos, de los cuales algunos hemos recogido aquí; los más nos faltan. De otra clase de obras, deberíamos recordar el tomo IV del *Nomenclátor general de España*, la undécima edición del *Diccionario de la Academia Española*, su *Gramática*, *Compendio de ella* y *Ejercicios*, y el *Procurario de Ortografía de la misma*; las *Obras de D. Antonio García Gutiérrez*, impresas ya en 1866, y hasta el de 70 no publicadas; el tomo XXI de la *Biblioteca de Autores Españoles*, primero de la *Colección de obras literarias del siglo XVII*, formada é ilustrada por el excelentísimo Sr. D. Leopoldo Augusto de Ochoa; el *Ejercicio del Derecho*, por D. Eduardo Gomez Moreno y Puchol, cinco tomos; *Exámen histórico crítico de los trabajos concernientes á la Flora Hispánico-Iberiana*, un vol. en 8.^o, por D. Miguel Colmeiro; *Historia general de Andalucía desde los tiempos más remotos hasta 1870*, por D. José Guichot, cuatro vol. en 8.^o marquilla; *Una visita á Roma*, vol. en 8.^o marquilla, por D. Pío de la Sota y Lastra; *Libro de la Cámara Real del Príncipe D. Juan*, volumen en 8.^o mayor, por Gonzalo Fernandez de Oviedo; *Tragedia llamada Josefina*, por Micael de Carvajal, precedida de un prólogo, por D. Manuel Calínata, vol. en 8.^o mayor; *Discursos patrios de la Real ciudad de Badajoz*, por el Doctor Rodrigo Doña Delgado, con un prólogo de D. V. Barrantes; *Poesías de D. Jerónimo Barros*, volumen en 16.^o; *Sistema nuevo fundado en las leyes generales del mundo material, para explicar el calor, la electricidad y el magnetismo*, por D. Rafael Chamorro y Abad; *Serena*, recuerdo de historia y de filosofía cristiana, por el Ilmo. Sr. D. Adolfo de Castro; *La Leyenda del trabajo*, por D. Maliton Martín; *Corte y Cortijo*, novela, por D. Antonio Hurtado; el segundo tomo de las *Obras literarias* de D. Jesús Rodríguez Cao, y otras diversas, que constan en el catálogo de donativos.

Nos será, pues, permitido deducir, de la manifestaciones hechas por la Academia de Bellas Artes y por el director de la Biblioteca Nacional, que las agitaciones políticas perjudican en alto grado á las ciencias, á las artes, á las letras y á sus cultivadores? ¿Se operará, en efecto, la transformación del país, hoy inactivo y entorpecido, como supone aquella ilustre corporación, para desplegar después á la vista del mundo las brillantes alas de la inteligencia que no estaba aniquilada sino adormecida?

Otra solemnidad literaria ha celebrado recientemente el día 23 de abril último la Real Academia Española, con la recepción pública del nuevo académico Sr. D. Salustiano de Olózaga. La reputación de grande orador que fuese conquistada el Sr. Olózaga, el interés que inspira su personalidad como antiguo político y como decidido campeón de uno de los partidos políticos de nuestra patria, llevaron al salón de la Academia numerosa y escogida concurrencia. Desde el principio llamó la atención su discurso, pues contra lo que nadie podía haber supuesto, comenzó confesando que carecía de conocimientos bastantes para ser llamado al seno de corporación tan ilustre; que allá en su juventud había ambicionado ser orador; pero que nunca logró dote tan apetecida sino que, al contrario, recibió desengaños mil, conociendo al fin que no el estudio, sino sólo la natural inspiración dan la originalidad brillante del genio. Añadió que habían sido muchos los caminos y sendas emprendidas y abandonadas por las que en vano buscaba el arte de la oratoria, que creía había de ser fácil y sencillo, cuando tantos le ejercitaban, y no queriendo molestar al docto concurso con su relato, dijo que sólo enumeraría alguno de los tropiezos, alguna de las dificultades y desventuras que ha encontrado, durante más de cincuenta años, en la lucha que mantiene con la lengua castellana. A este fin indicó diversas frases pervertidas por el vulgo, ya para ponderar, ya para encarecer ó exagerar alguna cosa; se ocupó de otras que han dejado de emplearse en su sentido recto y que se usan exclusivamente en el translativo, y anstetuvo agradablemente á los oyentes con giros, palabras y aun sentencias en que falta la corrección, pero que no por esto dejan de emplearse generalmente.

«Mas estas y otras más graves incorrecciones, dijo el Sr. Olózaga, son cosa de poca monta para el común de las gentes, y aun para algunos que el maltrato ó la

fortuna ha colocado en altas posiciones sociales ó políticas. Suelen decir, con más ó menos sinceridad, y con mayor ó menor deseo y esperanza de no ser creídos: «Yo no soy orador, yo no soy literato»; y se crean dispensados de conocer la única lengua que han hablado y han de hablar toda su vida. Pero todos están obligados, por su propio interés, á entender con claridad lo que se les dice ó escribe, y más todavía á hacerse entender de quien los escuche. Y esto es justamente en algunos casos lo más difícil, y esta es la dificultad que confieso sin rubor que muchas veces no he podido vencer, por más esfuerzos que he hecho.»

«Para vencer, hasta donde era dado á mis débiles fuerzas, continuaba el Sr. Olózaga, todas las dificultades que dejó apuntadas, y otras muchas que omito, porque su enumeración sería en extremo prolija y cansada, me ha servido de grande auxilio la escuela poética de nuestro Parlamento. Podrá España envidiar á otras naciones sus sabios, sus hombres de Estado, sus grandes capitanes; pero á ninguna ha debido envidiar en este siglo sus oradores; y el que ha pasado principalmente su vida oyéndolos un día y otro día, y hallando en ellos su mayor deleite, por muy escasa que sea su aptitud, siendo grande la afición, algo ha debido aprender. Por desgracia, hay oradores á quienes es imposible imitar. Todos hemos conocido uno, honor de la tribuna española, que ocupaba también en esta nuestra Academia un lugar muy distinguido, y que unía á su gran facundia y volubilidad de lengua una memoria prodigiosa. Brotaban espontáneamente de sus labios los más largos períodos que se habrán oído desde el origen de la lengua castellana, con tal copia de ideas, con tal variedad de incisos, que embobados los oyentes, no deseaban que llegara el fin, ni acertaban cuál podía ser, quedando siempre sorprendidos al ver cerrarse aquel círculo perfecto, sin haberse apartado ni un solo instante de la idea primitiva, á que se referían todas las accesorias, ni del régimen gramatical que á exposición exigía. Si alguno intentara imitarle, metería trabajosamente un inciso en otro, cómo hacen los chinos con esas bolas de marfil labradas por dentro y por fuera, que solo nos admiran por la paciencia y el tiempo que en ellas habrán empleado.—Y al fin lo que toca á la oratoria hay modelos que es imposible imitar, en lo que toca al lenguaje oficial de nuestro Parlamento, hay frases que no se comprenden cómo han podido ser introducidas, ni cómo pueden ser toleradas por nuestros legisladores.»

«No sé por qué han de descuidar tanto los buenos autores la claridad, añade además el Sr. Olózaga, que debe ser sin duda la condición primera de todo escrito; y no es de extrañar que los demás aigan ejemplo tan cómodo y arrastren así la opinión general. Confieso que en esto, como en algunas otras cosas, no puedo ceder sin protesta al voto de la mayoría. Dicen generalmente, cuando encuentran algún pasaje oscuro: «Sería de desear que estuviera más claro; pero se puede entender, y esto basta.» No basta (decía Quintiliano), no basta que se pueda entender, sino que se ha de procurar que no se pueda, de ninguna manera, dejar de entender: *Ne omnino possit non intelligere.* Y el que no quiera ó no pueda escribir así, que escriba acertijos; que cuanto más oscuros estén, más mérito tendrán. Y si hay lectores que gusten de adivinar las ideas y los sentimientos de los autores oscuros, y se crean en esto infalibles, piensen que el idioma sirve también para otros usos, en los que no se puede dejar nada á la imaginación, y en que importa mucho evitar que haya ni una sola frase, ni una sola palabra, que pueda admitir dos diversas interpretaciones. Un ser ambiguo en un contrato puede dar armas para defenderse al que de mala fé se niegue á cumplirlo; en un testamento puede dejar sin efecto la última voluntad del testador, y en la miseria á las personas de su predilección, á quienes dejaba la herencia. ¡A cuántos pleitos, y por consiguiente, á cuántas injurias (que en estas, más que en otras cuestiones, son fáciles de cometer) ha dado lugar la mala redacción de los documentos públicos! Y eso que, según la máxima, que los curiales han conseguido hacer proverbial, de que «lo que abunda no daña», solían y aun suelen escribirse con tales redundancias y repeticiones, que si por un lado cae sobre una palabra alguna sombra, hay, por otros, tantos golpes de luz, que la disipan fácilmente; pero en este nuevo idioma que el telegrafo nos obliga á formar, y que nos condena á todos á la mayor concisión posible, ¿cómo nos hemos de entender, si conserváramos en él palabras, natural y aun esencialmente ambiguas, cuando no podemos explicarlas? Si se hace algún día un diccionario manual telegráfico, espero que no se insertará en él, sin graves modificaciones, el pronombre posesivo *me*. Pero no sólo será necesario un diccionario, sino una gramática especial, que deje menos

análoga, menos suelta, menos caprichosa nuestra sintaxis, y más sujeto á reglas fijas al común de los escritores, que á buen seguro que estorben ni á los poetas ni á los maestros de la lengua. Entonces será ésta tan clara y tan precisa como la lengua inglesa, sin dejar por eso de ser la más armónica y la más bella de todas las que se hablan en Europa.»

Quiéa tales verdades explanaba en su recepción académica, y con tal sencillez y franqueza, no es mucho que llamara la atención no solo de académicos y doctos, sino aun de aquellos oyentes que, menos dados al cultivo de la literatura, comprenden no obstante la importancia que tiene la brevedad y claridad del lenguaje. Contestó en nombre de la Academia al Sr. Olózaga, con otro no menos interesante y correcto discurso, el señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, felicitando á la Corporación por la entrada en aquel quinto albergue de las letras pacíficas, de tan insigne repúblico.

También ha celebrado en estos días la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, pública recepción. Ha tenido lugar en el domingo 6 del presente mes, para dar posesión de plaza de número al Sr. D. Antonio Ruiz de Salceor, cuyo discurso tenía por tema *los conocimientos que debe reunir el arquitecto, y la importancia relativa que tienen para la arquitectura los estudios científicos, los artísticos y los arqueológicos: cómo se auxilián y completan recíprocamente, y la necesidad de todos ellos para formar un artista digno de llevar aquel honroso nombre en el siglo XIX.* Tema notable, acertado y prolijamente desarrollado por el Sr. Ruiz de Salceor, y contestado con la profundidad, amenidad y no menos acierto que sabe dar á todos sus discursos el tan infatigable como erudito académico y secretario general Sr. D. Eugenio de la Cámara. En ambos discursos se puso una vez más de manifiesto la importancia y utilidad de los estudios que debe cultivar todo buen arquitecto, y el Sr. Cámara terminó el suyo, bello, fácil y castizo como todo lo que produce su pluma, esperando tiempos más bonancibles para las artes españolas. *Post nubila Phoebus.*

FLORENCIO JANÉE.

TEATROS.

ESPAÑOL: *Sendas opuestas*, comedia en tres actos y en verso de D. Antonio García Gutiérrez.—*Joyellazos*, *Los holgazanes*, *arrabida* en tres actos de los señores Picon y Barberi.—*ALBARRERÍA*: *La capilla de Lázaro*, por D. Marcos Zapata.—*BUENOS AIRES*: *Once semanas en globo*, por X.—Otras novedades.

Noblesse oblige, se titula, si nuestras noticias son exactas, un drama escrito por D. Antonio García Gutiérrez y cuyas representaciones habían de principiar dentro de poco tiempo; con dificultad encontraríamos seguramente entre nuestros autores dramáticos uno á quien pudiese con más razón aplicarse la advertencia que sirve de título á su propio trabajo; *Noblesse oblige*; el celebrado autor de *El rey monje* y de *Venganza catalana*, el poeta de *El trovador* y de *Juan Lorenzo*, el creador de *El capitán negro* y de *El granelo*, estaba obligado á presentar algo más grandioso, algo más artístico, que *Sendas opuestas*, comedia en tres actos y en verso representada hace algunas semanas en el teatro Español.

Haber dicho ya que la obra es de García Gutiérrez y añadir á esto que tiene innumerables bellezas de forma, que la versificación no puede ser más vigorosa, que los pensamientos elevados y los rasgos de inspiración se suceden sin descanso desde la primera escena hasta la última, sería en nosotros, ó una redundancia impertinente, ó un imperdonable desconocimiento del general y justificado aprecio que el eminente poeta merece á cuantos en poco ó en mucho, con mayor ó menor profundidad, conocen nuestra literatura contemporánea; pero, fuerza es reconocerlo, la bondad del fondo no corresponde á esas bellezas de la forma.

Nunca hemos creído que un drama pueda ser un razonamiento, ni que del desarrollo de una comedia hayan de obtenerse consecuencias necesarias: el poeta dramático, libre en la elección de los caracteres, y más libre—si cabe mayor libertad—en la acumulación de circunstancias que obliguen á los personajes á obrar en sentido determinado, puede demostrarlo todo, sin que en rigor haya demostrado absolutamente nada; y si un escritor dramático prueba hoy que el amor vence al interés, mañana demostrará otro que el interés vence al amor; pero esta misma facilidad para defender principios contradictorios ó ideas antagónicas es un escollo casi insuperable cuando se pretende—como en nuestra opinión ha pretendido el autor de *Sendas opuestas*—obtener simultáneamente dos resultados casi siempre incompatibles:

deducir consecuencias en armonía con las premisas sentadas y halagar el gusto del público.

Si el título *Sendas opuestas* ha de ser—como parece lógico—un indicio del pensamiento fundamental de la obra, propónese el poeta establecer un paralelo entre los resultados que en la educación de los hijos producen el excesivo rigor y la bondad excesiva: tales son las sendas opuestas. Una madre anciana adora á su hija, un padre viejo idolatra á la suya: el cariño hace á la madre débil; el amor hace al padre duro. Desde las primeras escenas comienza la lucha, desde las primeras escenas se pregunta el espectador: ¿quién vencerá? Ni el asunto es nuevo, ni es original la idea, ni el problema tiene en absoluto solución posible; el espectador lo sabe, el público comprende bien que la contestación del poeta sólo resolverá el caso concreto que se desarrolla entonces á su vista; la persona menos instruida del auditorio conoce que tanto ha de costar al autor la sentencia en pro de la dureza, como en pro de la blandura; pero á pesar de esto, ó mejor aún, por esto mismo, se interesa en la acción y sigue atentamente el desenvolvimiento del plan, que si la solución fuese de antemano conocida no habría para qué esperarla con curiosidad.

En el drama, sin embargo, no aparece por último una solución definitiva, y para dejar un problema sin resolver, no vale la pena de plantearlo: este es, á nuestro juicio, el defecto capital de *Sendas opuestas*. Si el título de la obra, por una parte, y por otra la bellísima exposición que, con claridad y lucidez admirables, se desarrolla en el acto primero, no hicieran concebir esperanzas que se frustran despues, nada echaríamos de menos; pero una vez entablada la lucha, una vez iniciada la contraposición, era indispensable que el poeta nos hiciera comprender sus opiniones sobre la materia. Y no es lícito en tales casos acogerse al gastado recurso de un eclecticismo vulgar: para decirnos que todo sistema tiene sus inconvenientes y tiene también sus ventajas, era del todo inútil el trabajo de escribir una comedia; verdad es esta de que estamos todos convencidos, y si pretende el poeta decirnos que en un razonable término medio está el acierto, incurre en otra vulgaridad que evoca en la mente del espectador el recuerdo de aquella moraleja de un ingenioso publicista:

No tengas con lector! yo te lo encargo,
El medio, ni muy corto, ni muy largo.

Si el autor de *Sendas opuestas* tiene opinión formada relativamente al asunto, ha debido exponerla clara y terminante; si no se ha decidido por ninguno de los dos sistemas de educación, hubiera hecho bien en elegir distinto asunto.

Razones hay, sin embargo, para inducirnos á presumir que el inspirado poeta juzga preferible la bondad sin límites á el rigor extremado; y si esto es así, preciso es confesar que el deseo de evitar al público emociones fuertes ó desagradables impresiones, ha obligado al autor á forzar el desenlace y á olvidar la lógica para atenuar la dureza de la lección; y lo ha conseguido en efecto, pero con perjuicio de la verdad artística y en menoscabo de la integridad del pensamiento esencial de su obra.

¿Qué consigue, en efecto, la madre débil y cariñosa que aparece en *Sendas opuestas*? Declina á su hija en el borde mismo de un precipicio, evita su perdición cuando la imprudente y mal aconsejada joven intenta dar un terrible paso que conduce fatalmente á la deshonra.

¿Qué logra el padre con su implacable severidad? Inspirar en su hija virtuosa, honrada y buena, el despecho, el desaliento de la bondad no comprendida, e impulsarla con sus violencias á huir del hogar paterno, entregándose á los gozos de un amor criminal.

La madre vé á su hija casada con un hombre digno y laborioso; la contempla feliz y respetada por todos, y alcanza la dicha de abrazar á sus nietos; el padre sufre la amargura indecible de ver su nombre deshonrado y perdido el decoro y la pureza de su hija idolatrada; pero pasan días, los sucesos siguen á los sucesos, á unos hechos sustituyen otros hechos y á unas circunstancias suceden otras circunstancias, y—no nos atrevemos á decir que con gran verosimilitud—la joven extraviada concluye por casarse con su seductor á quien ama con delirio, por quien es ciegamente amada; su prima, cuya suerte parecía tan envidiable, ve descubierta su debilidad, alterándose quizá para siempre con este descubrimiento, algo tardío, la felicidad doméstica y la paz conyugal.

Harto comprendamos que el castigo de la hija culpable que abandona el techo paterno para entregarse á un seductor, llevado á sus últimos límites hubiese dejado en el alma dolorosa impresión; pero la lógica lo exigía y un poeta de la talla de García Gutiérrez está obligado á no transigir con el público.

¡Ah! Si los maestros, si los guías de la juventud, si

los escritores cuyo nombre sólo inspira ya al público respeto, nos dan el ejemplo de ser débiles y de ceder á exigencias pueriles de espectadores asustadizos ó sensibles en demasía; si en lugar de imponerse al público se dejan imponer por él; si son arrastrados por las vulgares preocupaciones en vez de arrostrarlas frente á frente y obligar al espectador á que acepte la verdad por amarga que sea, ¿cómo hemos de exigir á la generación nueva, energía y atrevimiento? ¿Cómo podremos esperar ese valor de un principiante, cuyo nombre, cuya fortuna, cuyo porvenir entero se comprometen con el éxito de una primera obra?

Algo más conforme, mucho más en armonía con la

sabiendo que su representación se considera con justicia como un acontecimiento artístico.

Mucho tiempo hacia ya, mucho, que no se escuchaban en nuestra escena versos tan robustos, ni se aplaudían pensamientos tan poéticamente expresados: en este concepto *La capilla de Lanusa* es de un mérito extraordinario.

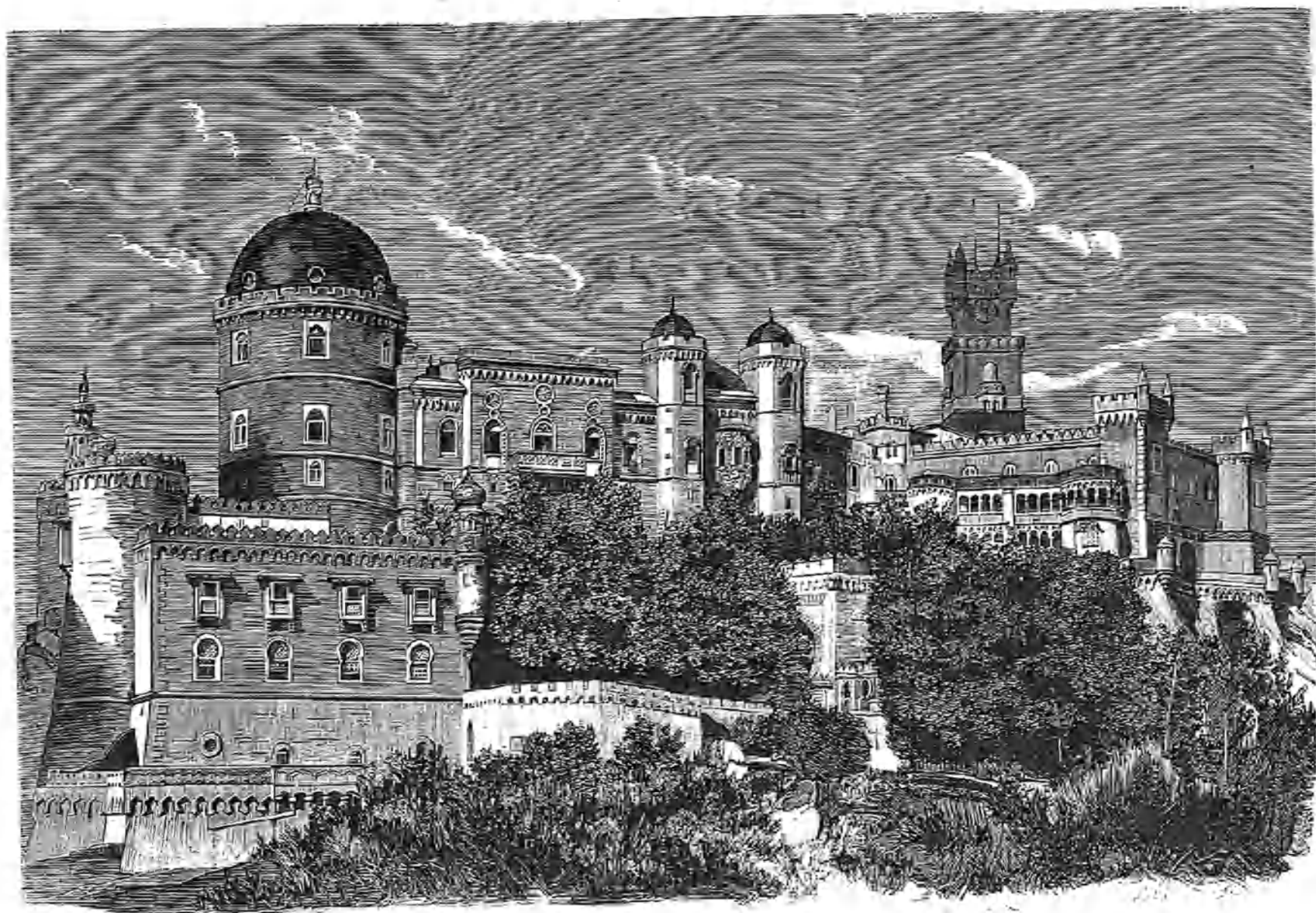
Los pensamientos profundos magistralmente formulados se repiten con una frecuencia que admira; las bellas imágenes, las notables ideas de que se halla materialmente sembrado este trabajo han conquistado al autor para siempre el honroso título de poeta.

Bien merece este título seguramente el que ha conce-

Un pedazo de historia condensada
A perderse también en el vacío,
Pues muere el hombre y muere su espíritu
Y muere de su tumba el mármol frío!

Nada más bello, nada más sentido que las palabras de Lanusa á su amigo del alma cuando, preparándose á referir la triste historia de su profundo amor, dice:

— ¡Oh gracias! Argensola,
Tan noble y generoso ofrecimiento
Es digno de la fama esclarecida
Que consagra el Parnaso á tu talento.
Yo me refugio en la amistad querida
Al hundirme en el tumulto sangriento,
Para salvar un átomo de vida.



CERCAÑAS DE LEBERRA.—PALACIO-CASTILLO DE LA PEÑA EN CINTRÉN.

verdad en este punto hallamos el drama de Serra. *Perdonar nos manda Dios*, cuyo pensamiento tiene bastantes puntos de contacto con *Sendas opuestas*: en el drama de Serra, la hija extraviada no goza un sólo instante de felicidad; joven deshonrada, hija maldecida y desdichada madre, sólo consigue el perdón del autor de sus días y su rehabilitación moral cuando se halla próxima al sepulcro. Es duro esto, convenido; es doloroso, conformes; pero es artísticamente verdadero y es bello, porque la verdad artística es belleza.

Afortunadamente, un desacierto, por grave que sea y sobre todo cuando lo vemos atenuado por innumerables bellezas, en nada disminuye, ni aun empaña siquiera en lo más mínimo la gloria del laureado García Gutiérrez.

Y aun para mitigar en lo posible el dolor producido en nuestro ánimo por las respetuosas observaciones que afuer de imparciales y de veraces hemos dirigido al maestro, tenemos la ocasión de prodigar aplausos sin cuento al autor de *La capilla de Lanusa*, cuadro histórico en un acto y en verso original de Marcos Zapata.

La capilla de Lanusa no es un drama, su autor lo reconoce así cuando la titula modestamente cuadro. No es más que esto: un cuadro histórico, y puede fácilmente colegirse cuál será el valor de esta joya literaria

bido y dado forma poética á los pensamientos que, entresacados al azar, reproducimos á continuación:

Una alma y un corazón,
cans y fosa, este es el hombre.
¡Nace y hora! Pisa abrojos;
Apénas viene, se va,
Pues ni aun tiempo se le da
Para enjugarse los ojos.

Digno del inmortal Quiatana es sin disputa el siguiente rasgo:

¡El pueblo que en Gallia la espada esgrime
Y vendiendo montes y arrasando almeas
Logra borrar las huellas agarenas.
Hoy se acobarda y se retuerce y gime?
Maldito sea el siervo
Que arrastra sus cadenas
Sin azotar la frente del tirano.

El poeta pensador no se desdénaría de colocar entre los suyos este pensamiento, si no nuevo, originalmente expresado:

¡Las razas y los pueblos
Se asemejan al hombre en sus edades:
Juventud, robustez, pujanza, brío;
Luego la ancianidad, y luego... nada!

¡Un recuerdo de amor! Nave sin timón
Que al parecer bajo las turbias ondas
Deja una fragil tabla en su camino.

Cuánta delicadeza de sentimiento y cuanto amor se respira, si podemos decirlo así, en estas preciosas quintillas:

Su alma que en dotes latido
Al plegar sus alas, toma
En mi corazón su vida
Como una blanca paloma
En un trocheo armonizado.
¡Mas que bien en boco gire
Si el pensar se lanza y sube
Y contra todo conspira!
¡Ni qué cielo azul se mira
Sin el crepón de una nube!

Por la rapidez de la descripción y al par por su exactitud, merecen citarse estas otras quintillas: sobriedad en la forma, verdad en el fondo, tales con las condiciones de esta narración.

Subo, llamo, me abren, entro;
Brilla sinistral una luz,
Y de un salón en el centro
Un grupo de gente en centro,
Dos antorchas y una cruz.

Sobre un lecho agonizando
Liyido rostro se ve,
Un sacerdote exhortando,
Un caballero alumbrando
Y un ángel divino en pie.

Corré, besé al moribundo;
Era hielo: un jay! profundo
Se escapó del polvo inerte,
Llegó, le tocó la muerte
Y el alma voló del mundo.

Como modelo de varonil energía y de entereza heroica, pueden citarse las dos últimas frases de Lanuza:

tónces, sólo entonces adquirirá legítimo derecho al título de autor dramático:

¿Conseguirá esto Marcos Zapata? queremos esperar, nos complace creer que sí; por el pronto puede afirmarse que están en su favor todas las probabilidades.

La capilla de Lanuza, con todas las bellezas de que hemos hecho mérito, y algunas otras que callamos en gracia de la brevedad, es una obra hecha á la ligera: obsérvese bien esta circunstancia en la inseguridad de los dos caracteres que se destacan del fondo del cuadro, Argensola y Lanuza; inseguridad tal que, en un

se proponga explotarla, porque algo y aun mucho más pueden inspirar *Los holgazanes* que una plática en verso pidiendo la promulgacion de una ley de vagancia.

El palacio de la verdad no tiene, á nuestra manera de ver, condiciones dramáticas; en todo caso, ni el éxito de la obra hace indispensable un exámen que parecería ya estemporáneo, ni tratándose de un poeta como Campoamor podríamos nosotros juzgar su trabajo en el corto espacio de que podemos disponer.

Estas mismas razones nos obligan á diferir para más oportuna ocasion algunas consideraciones que los últi-



REUNION EN EL CAFE INTERNACIONAL.

Óídme, capitán; cuando en presencia
De Felipe segundo
Pongais la ejecución de mi sentencia,
Decide estas palabras
Que le arroja á la faz la Providencia:
Timbre, derechos, libertad y gloria
¡Todo lo quitarás!... quita si puedes
El tribunal de Dios y el de la historia.

Y esta otra;

¡Yo traidor! ¡Virgen Santa!
La traicion es del rey que sobre el pueblo
Puso cobardo su maldita planta.

Fues bien, y resistiendo á los impulsos de reproducir otros rasgos bellísimos, bastará *La capilla de Lanuza* para reconocer en su autor las condiciones de escritor dramático? No.

Quien ha sabido dar forma poética á tan bellos pensamientos; quien domina el lenguaje y la versificación con tal facilidad; quien tan bien sabe sentir y con tal energía nos obliga á participar de sus sentimientos, es poeta sin duda: cuando haya concebido un pensamiento de más extension, cuando lo haya encerrado en un plan cuidadosamente estudiado y lo desenvuelva con acierto, en-

mismo diálogo y con intervalo de pocos versos, son alternativamente estos dos amigos aconsejados y consejeros, apasionados y reflexivos: y no es ménos visible lo injustificado del secreto que Lanuza pretende guardar en lo relativo á unos amores honestos y que hasta tienen el consentimiento póstumo y la bendicion de un padre moribundo.

Ni estos lunares, ni muchísimos otros que tuviese la obra, si los tuviera, serian suficientes para que la critica imparcial y recta escatimase el justo aplauso que tiene tan bien merecido.

Haber hablado de *Sendas opuestas* y de *La capilla de Lanuza*, y hablar ahora de los bufos, seria un delito de lesa buen gusto en que á sabiendas no hemos de incurrir.

Si la zarzuela *Los holgazanes*, en vez de titularse así, llevase por título *Los tucantes* ó *Los desalmados*, podríamos aplaudir la exactitud del título, ya que no otra cosa; pero con el título que lleva ni aun eso merece, y es sensible, porque el asunto da pie para graciosas situaciones y para escenas ingeniosas: á bien que el asunto intacto se está y á disposicion del primer poeta que

mos acontecimientos teatrales podrian sugerirnos. *Cataluña independiente*, *El busto de Elisa*, *La sobrina del rector*, *Amores del diablo* y *Amar al prójimo*, merecen bien un exámen más detenido que el que podríamos consagrarlas ahora.

A. SANCHEZ PREEZ.

DON CESAREO SANCHEZ.

Al publicar en el anterior número de LA ILUSTRACION el grabado que representa la heroica defensa de la torre de Colón, no pudimos dar á conocer á nuestros suscritores, á pesar de los esfuerzos que hicimos para conseguirlo, el retrato del pandonoso y valiente oficial don Cesáreo Sanchez, que con tanta gloria llevó á cabo aquel importante hecho de armas; pero hoy vamos satisfecho este deseo, gracias á la actividad de nuestro corresponsal en la Habana, el cual nos ha remitido una excelente prueba fotográfica de dicho retrato.

REUNION EN EL CAFÉ INTERNACIONAL.

El alarde que la famosa sociedad «La Internacional» quiso hacer de sus tendencias cosmopolitas y fraternales en la reunion que celebró en la tarde del 2 de mayo, á la que asistieron doscientas cincuenta personas próximamente, ha sido uno de los acontecimientos más importantes ocurridos en la primera quincena del corriente mes.

Toda la prensa se ha ocupado extensamente de este suceso; á nosotros no nos toca juzgarlo, pero si intentáramos hacerlo es seguro que habríamos de estampar censuras para unos y para otros, para los que estaban congregados en el patio del café Internacional, como para los que se hallaban en la calle de Alcalá. Debimos, si, rogar á uno de nuestros dibujantes que tomara los necesarios apuntes en el teatro mismo de los sucesos y en el momento en que los oradores exponían á sus oyentes los motivos de aquella demostración, y así lo hicimos; y por esto podemos reproducir con completa exactitud ese acontecimiento de actualidad.

CARTAS FASHIONABLES.

Al Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID.

¡Con que quiere Vd. absolutamente, mi buen amigo, que escriba para cada número de su acreditada publicación una crónica de los sucesos del gran mundo?

La tarea es más árdua y difícil de lo que parece.

Hablar de salones, de bailes, de fiestas, precisamente cuando aquellos se cierran, cuando la buena sociedad se disuelve, cuando se apagan las luces y enmudecen las orquestas, es más que difícil—es imposible.

Y sin embargo, desoso de corresponder á la confianza que Vd. me ha manifestado, y de obtener, si no el favor, la benevolencia de mis lectores, voy á lanzarme á la empresa con los ojos cerrados para no ver sus peligros.

Por fortuna si no hay nada en el presente, hay mucho en lo pasado y algo en lo porvenir.

Esto es recientemente se ha bailado todavía; en breve se bailará aún. Dentro de un mes, de quince días, á lo sumo de tres semanas, no habrá medio de llevar á cabo la misión que Vd. me encomienda.

Ignoro la causa, pero este año el mes de abril ha sido animadísimo, y el de mayo promete serlo, aunque no tanto.

Y no es porque el calor tarde en llegar, pues por el contrario ha venido mucho antes que de costumbre.

Las personas que reciben dan una explicación satisfactoria de su capricho.

—Se bailará, dicen, con los balcones abiertos:—al aire libre.

Y, en efecto, en los salones de los marqueses de la Puente, de la señora de Riquelme, de la duquesa de Sotomayor, penetraba á veces una brisa fresca y bienhechora, que hasta cierto punto justificaba el ardor de los intrépidos bailarines.

Es un poco tarde para hablar detalladamente de cada una de esas fiestas, que han sido de las mejores entre las muchas que ha habido en la temporada.

Los marqueses de la Puente, ó sea los Sres. de Osma, no habían dado durante el invierno sino lo que en el lenguaje convencional de la gente *comme il faut* se llama *après dîner*: es decir, pequesísimas reuniones á las que se invita tan sólo á los amigos de toda intimidad, para que vengan á hacer compañía á los que han comido en la casa.

Pero en la noche del 18 de abril los convites fueron numerosos, y aunque se quiso dar al sarao el propio carácter modesto de los anteriores, resultó una grande, una verdadera, una espléndida fiesta.

Alguien ha hecho la observación de que por primera vez después de la revolución de Setiembre se han encontrado reunidos allí círculos y personas que ahora viven en completa separación.

Aludo al mundo oficial y á la antigua aristocracia, que no sé quien ha llamado el *faubourg*, aludiendo á los legitimistas franceses del *faubourg Saint Germain* y comparando con ellos á los borbónicos españoles.

Los marqueses de la Puente tienen una situación especial en la sociedad madrileña; por sus vínculos de familia están en contacto con la nueva corte; por sus relaciones personales pertenecen á una esfera enteramente distinta.

La marquesa, como todo el mundo sabe, es hermana del general Zabala; el marqués lo es de un ayudante de órdenes del rey Amadeo.

Y á pesar de eso, el conde de Pañonrostro, recién llegado de su viaje forzoso á las Baleares, figuraba allí junto á alguno de los más ardientes situacioneros; y otros personajes todavía más distantes ó antipáticos en política, se codeaban entre los concurrentes al palacio de Villahermosa.

Esto prueba un verdadero progreso en las costumbres y en el espíritu de tolerancia que ha de distinguir á las gentes bien educadas, las cuales deben prescindir de partidos ó banderas, y no llevar al terreno neutral del gran mundo sus antipatías ni sus pasiones particulares.

También en casa de la Sra. de Riquelme sucedió algo muy semejante á lo que acabo de mencionar: también allí la dinastía y la oposición tenían sus representantes.

Con decir á Vd. que entre los de la primera estaban el ministro de Ultramar y el subsecretario de Gobernación, comprenderá que no podía darse nada más *acentuado*, según se dice ahora, en un sentido; y cuando añada que en otro todavía eran más *tranchés* las diferencias, quedará probada la exactitud de mi aserto.

La fiesta de la Sra. de Riquelme fué magnífica y brillante, y en ella hubo de todo:—comedia, baile y ópera.

La calle de la Montera, ejecutada por los mejores aficionados de Madrid, ofreció un conjunto poco común en una representación de semejante índole; y nadie hubiera creído actores improvisados á algunos de los que cooperaron al feliz desempeño de la preciosa composición de Narciso Serra.

La protagonista, en especial, que nunca había pisado las tablas, que era completamente nueva en el arte de declamar, parecía una actriz consumada. Con cuánta expresión dijo el verso: ¡Con qué facilidad se movía en la escena! ¡Con qué desembarazo llevaba el rico y airoso traje de las charras salamanquinas!

¡Quién era—me preguntará Vd., si no lo sabe ya—ese prodigio de talento dramático que así pudo adivinar lo que otras tardan largos años en aprender; que por mera intuición artística se colocó desde luego en primera línea entre las actrices de salón?

¡Quién? La opulenta empresaria de aquel lindo teatro, la misma Sra. de Riquelme, dotada de relevantes disposiciones para la música como para la declamación.

Y no se esponga que la galantería inspira más entusiastas palabras: fué una sorpresa general, lo mismo entre los amigos íntimos que entre los indiferentes, hallar una verdadera artista donde sólo se creía ver una simple aficionada.

Siempre me ha llamado la atención la facilidad con que las señoras del gran mundo se improvisan actrices.

Volviendo la vista atrás, recordaré á la condesa de Teba, que sin duda presagiando sus altos destinos, ejecutó admirablemente en el teatro de la quinta de su madre, en Carabanchel, el papel de emperatriz de Rusia en una comedia arreglada por el marqués de Molins, titulada, si no me equivoco, *El cambio de mano*; á su hermana, la inolvidable duquesa de Alba, que desempeñó allí mismo de un modo superior *Le Caprice*, de Alfred de Musset, y *El hombre de mundo*, de Ventura Vega; á la duquesa de Medinaceli, inimitable en el carácter de la Temeraria del sainete *Los castañeras picadas* y en todos los que requieren decisión y arrogancia; á la marquesa de Villaseca, que es una graciosa modelo; á la duquesa de Híjar, que sobresale en los papeles de sentimiento; á la condesa de Vilches, que no conoce rival; y en fin á la Sra. de Luxán, á las Srtas. de Castilla, Escobar y otras muchas, que si lo pretendiesen, hallarían ventajoso ajuste en cualquiera de nuestros teatros principales.

Alguno podría dar una explicación maliciosa á lo que voy diciendo: esto es, que la mujer es cómica de nacimiento, y que la práctica no hace sino desarrollar sus disposiciones naturales.

Pero yo no pretendo asombrarme á semejante definición: estoy persuadido de que entre las altas dotes del bello sexo figuran la inocencia, la sinceridad y el candor, y que si aprende pronto *el arte de hacer comedias*,

es porque su naturaleza es más flexible y más apta para todo que la del hombre, incapaz generalmente de ficción.

El baile de la duquesa de Sotomayor fué en obsequio de la hija de los condes de Meriana, que reside temporalmente en Madrid.

Una señora le definió admirablemente llamándole «la fiesta de las flores»; porque realmente flores eran las que se veían por doquier, de juventud y de hermosura, al lado de las frescas y peritumadas que nos da prodigamente la primavera.

Allí se recordaban involuntariamente dos bellos versos de un poeta italiano:

«Oh gioventù, primavera de la vita!
Oh primavera, quercità del anno!»

Y los que hemos perdido á la par la juventud del espíritu y la del cuerpo, con qué amarga tristeza, con qué envidia profunda contemplábamos aquella generación nueva, que se entregaba con toda su alma á los placeres propios de su edad; que reía, comía, bailaba, con el júbilo propio de sus verdes años; y en fin, que, henchida de sublimes quimeras, de generosas ilusiones, amaba y creía en el amor!

Crear es una de las felicidades de esta dolorosa y efímera existencia, como dudar es uno de sus mayores tormentos.

¡Felices los que creen! ¡Felices los que aman! ¡Aún más dichosos los que son amados!

Esos buscan en el matrimonio el logro de sus esperanzas; la solución del temeroso problema de la felicidad humana.

Y cuántos corren detrás de ella sin alcanzarla, y caen al fin rendidos, estenuados, muertos, con los pies heridos por las asperezas del camino, con el corazón rebotando hiel y sangre!

He prometido anunciar algo del porvenir, y voy á cumplirlo: el porvenir se limita á un baile que la marquesa de Villaseca desde mucho tiempo atrás ofrece, y que retrasa siempre para otro día.

¿Se realizará?—Sus íntimos dicen que sí; los extraños lo dudan cada vez más, y unos y otros se consuelan bailando los viernes en el pequeño *hotel* del ministro de Prusia, donde su bella y amable esposa la baronesa Canitz recibe y agasaja á todo el mundo con esa cordialidad alemana que no tiene igual; y con el buen tono que se hereda, pero que no se aprende.

¡Lo vé Vd., Sr. Director y amigo, cómo á pesar de mi deseo de complacerle, no he podido hacer nada de lo que intentaba! ¡Se persuade Vd. de que es un trabajo de Hércules querer referir lo que no pasa; contar lo que no sucede; pintar lo que no existe!

Yo podría, cual otros cronistas, lanzarme á los espacios imaginarios; asombrar á mis lectoras con historias novelescas, con maravillosos lances inventados...

Mi buena fé me lo veda, y prefiero aparecer poco ameno, á cobrar fama de mentiroso ó de falsario.

El ex-dictador Gambetta, que residió dos meses en Guipúzcoa, que luego vino unos cuantos días á Madrid, que después se fué á recorrer las provincias de Andalucía, ha regresado ya de su excursión.

Creo que ninguno de mis colegas de la crónica ha explicado la causa de haber perdido aquel famoso hombre público el ojo que le falta.

La relación que voy á hacer es auténtica, y ofrece la ventaja de dar una idea del carácter resuelto del que durante la guerra con Alemania ha desempeñado tan importante como desgraciado papel al frente del gobierno republicano.

Desde edad muy tierna descubrió Gambetta los instintos y sentimientos más impetuosos; su familia, seriamente alarmada al contemplar los arrebatos á que se entregaba fácilmente, tomó la resolución de encerrarle en un colegio cuando apenas había cumplido diez años.

Pero esta medida, en vez de templar las violentas pasiones del niño, contribuyó á excitarlas con mayor fuerza.

Un día escribió una carta terrible á su padre, anun-

ciándole que se saltaría un ojo sino le sacaban pronto de su prision.

A pesar de los antecedentes, todos creyeron que aquella era una mera amenaza; y ¡cuál no sería su dolor y su asombro al saber á poco por el director del colegio que Gambetta la habia llevado á cabo!

Sin duda á causa de este horrible hecho, el pobre padre perseveró más que nunca en su idea de mantenerle distante de su lado.

Segunda carta, y segunda amenaza.—"Lo que he hecho con un ojo lo haré con el otro."—Tal era la síntesis de aquella incóncieble epístola, escrita con una sangre fría espantosa.

Entonces la familia se asustó realmente, y trajo á la casa al niño, cuyo carácter se modificó un tanto con la ternura y los cuidados que se le prodigaban, perdiendo en parte su violencia, aunque conservando en el fondo su primitiva energía.

Hay cualidades que aplicadas al bien hacen de los hombres héroes, como aplicadas al mal los convierten en monstruos que deshonran y envilecen la raza humana.

ASMODEO.

EXCMO. SEÑOR DON PRÁXEDOS MATEO SAGASTA.

La vida pública y las condiciones características del actual ministro de la Gobernación son tan conocidas, que aunque no nos hubiéramos propuesto alejarnos en cuanto nos sea posible del escabroso terreno de la política y singularmente de toda política personal, apenas podríamos añadir un sólo dato á los que tienen todos nuestros lectores sobre el personaje cuyo retrato damos en la página 136 de este número.

A nosotros, que somos amigos, desde los primeros años de nuestra vida, del Sr. Sagasta, no nos es lícito tampoco escribir su biografía, que á pesar de la reconocida imparcialidad con que procedemos en nuestras tareas periodísticas podría parecer apasionada; pero si nos complace decir, y esto ni nos expondrá á las consecuencias de aquel temor, ni será por nadie contradicho, que entre las cualidades del señor Sagasta, todas, hasta sus más decididos adversarios, le reconocen talento, energía de carácter y una honradez acrisoladísima.

EL ALJIBE DE TRILLO EN GRANADA.

Granada, la poética Granada, tesoro inagotable de riquezas acumuladas con pródiga mano por el arte árabe en la ciudad de la Alhambra y del Generalife, ha prestado asunto al distinguido pintor D. Ricardo Madrazo para honrar con un bellísimo dibujo las planas de LA ILUSTRACION; representa (este uno de los sitios más característicos de dicha ciudad, célebre también porque en él murió el pintor Melgarejo, de la escuela granadina.

Reciba el Sr. Madrazo la expresion más afectuosa de nuestro agradecimiento, al que se asociarán cuantos sienten el arte y pueden apreciar el mérito del "Aljibe de Trillo."

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion.)

María estaba impaciente y tampoco podía estarse quieta; á cada momento alzaba la cabeza y miraba á lo largo de la veredita que conducía á la casa.

No encontraba postura en la silla que la gustara.

María esperaba algo.

Pedro, cada vez que por allí pasaba miraba, á Antonia y ambos se sonreían.

De pronto tíñeronse en rosa las mejillas de María. Algo habia visto ó habia oído.

Antonia dirigió la vista hacia el camino y no descubrió nada; pero al poco tiempo, vió subir casi corriendo á Manuel la lomita en que estaba situada la casa.

¡Pobre ángel, antes de verle le habia adivinado!

Manolo venia canturreando entre dientes.

Quando voy á la casa
De mi María,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba,
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

El corazón le saltaba á María, latiendo con tal fuerza, que parecía quererle escapar del pecho para salir á recibir al huésped que venia. Y sin embargo, no podia levantar los ojos de la costura. La inocente queria ocultar la cara de las miradas de su madre, como si así disimulara mejor su turbacion.

El tío Pedro al verla le dijo cantando:

No te tapes la cara
Niña bonita,
Que quien tapa lo bueno
Dios se lo quita.

Por fin llegó el mozo y yo no sé si el paso que traia, que casi era carrera, si los ojillos de María, si la presencia de Antonia, si la mirada burlona del tío Pedro, ó todo junto, le habian puesto más colorado que un pavo y así sin poder hablar.

—¡Buenas tardes! dijo el pobre muchacho con voz entrecortada.

—¡Adios, Manolo! replicó Antonia.

—¡Buenas tardes! murmuró con una vocecilla casi imperceptible la pobre María, sin atreverse á levantar la vista de su labor.

—¡Hola, muchacho! contestó con zocarronería el tío Pedro.

Concluidas estas palabras, siguió un silencio sepulcral; nadie se atrevia á hablar el primero. María seguia cosiendo, ó haciendo que cosia. Manuel seguia de pie.

Por fin habló Antonia y le dijo al muchacho:

—¿No te sientas, Manolo?... ¿Vendrás cansado?

—No mucho, respondió éste; pero con su permiso si no las estorbo... y sentóse en una silla, que no por casualidad estaba cerca de María. Todas las tardes sacaba ésta dos, una para ella y otra... otra por si venia alguien á visitarla.

—No, replicó Antonia, tú no estorbas nunca, hijo mio. Vamos, y ¿cómo están tus padres?

—Buenos, á Dios gracias, ahora venimos mi padre y yo del trabajo, y mientras llega la hora de cenar dije... vamos á ver á aquellas señoras; á hacerlas mi visita de todos los dias... y aquí estoy...

—¿Pero tú no vas nunca á la Plaza con los chicos del pueblo?

—Sí, señora, suelo ir alguna vez... pero, la verdad es, que como yo no juego, me aburro allí... y sobre todo, aunque me divertiera, prefiero venir á verlas á Vds. y oír contar al tío Pedro alguna de esas historias que sabe tan bonitas.

—¿No están malas las historias que á tí te gustan, bribonzuelo! contestó el tío Pedro, que á la sazón pasaba por allí.

Antonia sonrióse y los chicos se echaron una mirada de inteligencia, que traducida al lenguaje vulgar queria decir: "¿qué cosas tiene el bueno de Pedro!"

Las últimas palabras de aquel viejo marrullero fueron una bomba que cortó el hilo de la conversacion, que parecia habia ya entrado en camino de no acabarse en toda la tarde.

Por fin esta vez el valiente fué Manolo, que viendo remover al tío Pedro la tierra de una maceta de rosas, le dijo:

—Tío Pedro, ¿qué rosas tan bonitas!

—¿Te gustan, eh? replicó éste. Pues mira, si quieres alguna pídesela á María, son de ella: ella las plantó, ella las cuida, ella las riega; así están tan hermosas, ¿verdad?

—Verdad que sí, contestó Manolo, ¡vaya si están hermosas! ¡Si da envidia el verlas!... ¡Pero qué bonitas son!... Si no fuera por enfadarte, María, cortaría una.

—Cortala, contestó la muchacha.

El bueno de Manuel fuése corriendo hacia la planta, pero al llegar púsose delante de la maceta el tío Pedro y le dijo con tono rumboso:

—Arre allá, que aquí no tocan más manos que las de mi María!...

—¿Pero si ella me ha dado permiso!...

Y bajando un poco la voz le dijo al chico:

—¿Anda, simplon, que mejor te sabra que te la dé ella!...

Manuel volvió al lado de María, la que al verle llegar le preguntó:

—¿La cortaste ya?...

—No, no me deja el tío Pedro. Dice que si no la cortas tú me quedo sin ella, porque allí no deben tocar más manos que las tuyas.

No hubo necesidad de decirlo dos veces: fué al rosal, cogió la más bonita y satisfizo los deseos de su amante.

María le dió una rosa
Y su madre la miro;
Más colorada se puso
Que la rosa que le dió.

Rebosando estaba la alegría en el corazón de Manuel. Se consideraba más feliz con la rosa que si la acabaran de dar una corona de emperador.

Á Antonia de pronto debió ocurrírsele algo, porque dejando la labor se entró en la casa; y á bien que les vino á los chicos la tal ausencia como de perlas.

—¿Me quieres? le dijo muy bajito Manolo á María cuando vió alejarse á Antonia.

—Más que á mi alma; ¡y tú á mí?

—Yo,

¡Te quiero más que á mi vida
Y más que á mi corazón;
Y si no fuera pecado,
Te querria más que á Dios!

¡Y no te olvidaré nunca, nunca!...

—¡Ay! Sí, mi vida,

Tu eres mi primer amor,
Tú me enseñaste á querer,
¡No me enseñes á olvidar!
Que no lo quiero aprender!

Digo mal, vida mia, por más que hagas no podrás enseñarme á olvidar, porque

Todo el tiempo de mi vida
Amándote pasará,
¡Y si me olvidas por otra...
En tí y en Dios pensaré!

—¡Ya lo sé, María de mi alma; por eso te quiero yo tanto! Mira,

Á mi padre y á mi madre
Los quiero como es debido.
¡Pero en llegando á María
Pierdo los cinco sentidos!

—¿Vendrás esta noche?

—¿Falto por casualidad alguna?

—¿Vendrás pronto?

—Sí.

—¡Mi madre, calla!

Antonia habia aparecido en el umbral de la puerta; hizo la distraída, y dirigiéndose hacia donde estaba el tío Pedro, púsose á hablar con él, sin curarse, al parecer, de los muchachos, que vieron el cielo abierto con esta distraccion.

Generalmente todas las tardes pasaba otro tanto. ¡Esta mujer solia ser tan distraída algunas veces!...

Llegó por fin la noche, con harto sentimiento de los dos amantes, y no hubo más remedio que retirarse cada mocheño á su olivo.

Después de los cumplimientos de ordenanza, entráronse Antonia y Pedro en la casa, María recostóse en el quicio de la puerta y el bueno del muchacho echó á andar á paso de pollo, volviendo la cabeza hacia la casa un millón de veces, hasta que la perdió de vista y empezó de nuevo á cantarrear:

Quando voy á la casa
De mi María,
Se me hace cuesta abajo
La cuesta arriba;
Y cuando salgo,
Se me hace cuesta arriba
La cuesta abajo.

V.

Notarás quizá, querido lector, si por casualidad vives hace mucho tiempo en la villa del Oso y del Madroño, que los amoríos que acabó de pintarte no están muy acordes con los que ahora se usan. Por esa razon te los he descrito como un objeto curioso digno de figurar en un museo de antigüedades.

La cortadad de Manolo y la timidez de María son defectos de educación que nosotros tratamos de corregir en la capital de las Españas.

Un mozo como aquel y una muchacha como aquella, son cosa rara en este siglo, aunque asegúrote bajo palabra que los hay.

No podemos, á pesar nuestro, dejar de ser retrógrados en ciertos terrenos.

Todas las épocas han tenido su manera de expresar sus sentimientos, segun los adelantos del siglo en que vivian; pero la pureza del alma y el cariño que nació en el sitio más profundo del corazón, en todas épocas, en todos los siglos, han tenido que expresarse del mismo modo.

El amor verdadero, el que nace en el alma, cuida de la pureza del objeto amado, y de ahí el respeto hacia la

persona querida. El amor que engendra el mundo se cura sólo de la belleza exterior, y la materialidad del cuerpo no puede satisfacerse con las ofrendas del alma. Da ahí la confianza semi-salvaje de ciertos amantes.

Hoy día hay, ó por el modo de educarnos, ó no sé por qué, más de estos últimos que de los primeros, pero todavía existen amores á la antigua y creo que siempre existirán. ¡Nunca ha de faltar al pobre caminante que lo busque, un oasis en medio del desierto de la vida!...

Peró dejando á un lado estas filosofías, que sientan tan bien á este cuento como á un Santo Cristo un par de pistolas, vamos adelante con nuestra historia, pues tenemos que ir bastante deprisa si queremos terminar en breve plazo.

Serian como las dos de la madrugada, cuando un hombre llegaba á la puerta del corral de casa de Francisco; empujó suavemente uno de los postigos, y hallándole cerrado acurrucóse en el quicio de aquella y esperó tranquilamente.

Por fin sintió ruido por la parte de adentro, y dando un golpecito en el mismo postigo que anteriormente habia tratado de abrir, abrióse éste y entró Pepillo, á quien habreis conocido desde un principio.

—Adios, Carmencilla; ¡duermen ya todos en tu casa!

—¡Oh, hijo! ¡Si aún no ha venido padre!... pero yo he hecho que me iba á acostar y te he venido á abrir.

—¡Pero, chica, y si viene tu madre y nos ve!...

—¡Qué, hombre! Apénas eres collon. Si viene ya la sentiremos llegar, y tú te metes detrás de uno de esos montones de estiércol, y pare usted de contar.

—¡Pero, hija, voy á salir hecho una desdicha!...

—¡Mira qué lástima! ¡Como que te irías ahora, sólo por si viene madre no meterte entre el estiércol!

—No, mujer; pero si nos sorprenden...

—¡Anda, di que no me quieres y lo habrás dicho todo!... ¡Di que tienes que ir á otro lado donde estarás mejor!

—No es eso, chiquilla!

—¡Pues mira, que para lo que me importa, despues de todo!...

—¡Conque es decir que no me quieres!

—¡Coando á mí no me quieren, buena tonta sería yo! ¡Anda, anda á ver á esa otra que tienes, y no vuelvas más! ¡Oyes! ¡Yo no sirvo de plato de segunda mesa á nadie!...

—¡Eso, eso, pideme celos á mí, cuando yo estoy hace tres días rabiando por preguntarte qué trae por aquí todas las tardes al sobrino del boticario, y no me he atrevido, y se conoce que tú lo has conocido, y dices porque no te digan!...

—¡Y todo eso á tí que te importa!...

—¡Conque no me debe importar qué tú mala pegues!

—Mira, hijo:

Lo que un hombre lograr puede de la mujer más constante, es el que no se la pegue mientras él esté delante.

—¡Conque esas son tus máximas!... Pues bien, mañana le acabo de dejar sin narices á ese chato de los demonios. En donde le encuentre, lo apaleo y no le dejo un hueso sano en todo su cuerpo... ¡Quitarle tu cariño... yo le haré que se arrepienta. Él se lleva mi vida y mi alma... yo le mataré... ó me matará á mí, y me hará un favor, porque ¿qué es para mí la vida sin tu cariño?... ¡Tú ya no me quieres y yo no quiero vivir!... No te molesto más... ¡Adios Carmen y sé feliz!...

Al ver el acento conque dijo esto Pepe, y conociendo que lo haría como lo decía, humanizóse Carmen y le dijo:

—Oye, hombre, oye... ¡Crees tú que si eso fuera verdad te lo hubiera dicho tan de repente! Yo no quiero á nadie más que á tí. Vamos, eso ya pasó; yo sé que tú me quieres, serénate. Me quieres mucho, ¡no es cierto!

—¡Mucho, Carmela, mucho!

—Vamos, ya pasó, ¿verdad? replicó Carmen, y luego añadió:

—Mira, Pepe, mañana es domingo, no bajas á la

plaza; madre se irá á casa del cura con la vecina, padre no estará en casa; no bajas tú y ven á verme.

—¡Pero, mujer, qué más te da verme en la Plaza que aquí! ¡No ves que pueden conocer nuestra falta y sospechar de nosotros!

—¡Miren qué tonto!... ¡Qué falta haces tú en el baile!... ¡La de los perros en misa!...

—Bien, yo no hago falta; pero como tú eres la más bullanguera del pueblo, notarán la tuya y por el ovillo...

—¡Sí, sí, arréglalo á tu gusto!... Di que le tienes ofrecido desde el domingo pasado un baile á la Juana, y si vienes aquí no podrás cumplirlo.

—¡Mujer, no es eso! ¡Volvemos á las andadas!...

—¡Pero, mujer, por los clavos de Cristo, si eres tú la que!...

—Sólo falta eso, échame á mí la culpa despues que tú... ¡Yo, que te quiero más que á mi alma!... ¡Qué lo dejaría todo por tí!...

—Pero si no es eso; si es que tú lo tomas todo al revés.

—¡Bueno, yo haré lo que tú quieras, dijo Carmen llorando como una Magdalena; pero no te enfades conmigo, vida mía... ¡mira que me matas!...

Pepe la contestó entre cariñoso y enfadado:

—Tu amor, Carmen, se parece á los días del invierno, ya se aclara, ya se nubla, ya diluvia, ya hace bueno!

—¡Eso es, mal alma, gózate en mi llanto!... repuso Carmen sollozando.

—Vamos, tonta, no llores... yo haré lo que tú quieras, dijo Pepe.

—¡Lo que tú quieras!... contestó la muchacha.

—¡Lo que tú quieras, Carmen de mi alma!...

(Se continuará.)



DON CERÁREO SANCHEZ.

EL DIA 2 DE MAYO.

Aunque la funcion cívico-religiosa que conmemora los tristes sucesos del 2 de mayo de 1808, gloria al mismo tiempo de las más puras, alcanzada por la generosa sangre de nuestros padres, se ha celebrado este año en el intervalo trascurrido entre la publicacion del número anterior de LA ILUSTRACION y la del presente, nos ha parecido oportuno dar una copia fiel del aspecto que presentaba el paseo del Prado al dirigirse S. M. el rey, acompañado de los ministros, de las corporaciones cívicas y militares y de cuantos formaban parte de la régia comitiva, al monumento en que descansan las cenizas de Daoiz, de Velarde y de otros ilustres mártires de la independencia española.

CATEDRA PUBLICA DEL ATENEO.

La abundancia de original nos obliga á retirar entre otros artículos el de don Roberto Robert, que debia acompañar al grabado que representa una de las sesiones celebradas en la cátedra pública del Ateño científico y literario de Madrid. Lo insertaremos en el número próximo.

SOLUCION

AL JEROSOLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR: Niños en carta ni mano en baraja.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Table with subscription rates for Madrid, provinces, and abroad. Columns include 'EN MADRID', 'EN PROVINCIAS', 'EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL', and 'EN MADRID'.